

MÁXIMO GORKY

LOS PEQUEÑOS BURGUESES

Traducción de
Alexis Marcoff



Biblioteca Libre
OMEGALFA
2019
Ω

Máximo Gorky *
Los pequeños burgueses
Título original: *Meshchan*

Traducción íntegra:
Alexis Marcoff

Maquetación:
Demófilo, 2019

*Libros libres
para una Cultura libre*



Biblioteca Libre
OMEGALFA
2019
Ω

* Para obtener información sobre Gorky y su obra: [Gorky en Wikipedia](#)

MÁXIMO GORKY

Los Pequeños Burgueses

Traducción íntegra:
Alexis Marcoff



PERSONAJES

BEZSEMÉNOV, Basilio Basilievich, pequeño burgués de 58 años, jefe del gremio de pintores de brocha gorda.

AQUILINA IVANOVNA, su esposa, de 52 años.

PEDRO, ex estudiante de la Universidad, de 26 años, su hijo.

TATIANA, maestra de escuela de 28 años, su hija.

NIL, joven recogido y educado por Bezseménov, mecánico, de 27 años.

PERCHIJIN, pariente lejano de Bezseménov, vendedor de pájaros cantores, de 50 años.

POLIA, su hija, de 21 años, costurera.

KRIVZOVA, Elena Nicolaevna, viuda de un director de la cárcel, de 24 años. Vive en casa de los Bezseménov como realquilada.

TÉTEREV, cantante de la iglesia

CHÍCHKIN, estudiante

ZVETÁEVA, amiga de Tatiana, de 25 años, y también maestra de escuela.

STEPANÍDA, cocinera.

UNA MUJER DE LA CALLE.

UN MUCHACHO, pintor de brocha gorda. EL MÉDICO.

**La acción se desarrolla en una
pequeña ciudad de provincias**

ESCENOGRAFÍA

Una habitación grande en una casa de pequeños burgueses. El rincón de la derecha está separado por dos tabiques paralelos que forman otra habitación más pequeña, que comunica con la grande por medio de una puerta en forma de arco con una cortina de colores chillones.

En la pared del fondo de la habitación grande hay una puerta que conduce al recibidor y al resto de la casa donde se hallan, la cocina y las habitaciones de los realquilados.

A la izquierda de esta puerta hay un armario enorme y pesado que contiene la vajilla, y, en el rincón, un cofre y un reloj antiguo, con un péndulo grande como la luna, que oscila detrás del cristal, oyéndose él tictac cuando hay silencio en la habitación.

En la pared de la izquierda hay dos puertas. Una de ellas conduce a la habitación de los dueños y la otra a la habitación de Pedro.

Entre estas dos puertas, una gran estufa de azulejos blancos.

Delante de la estufa hay un gran diván viejo tapizado de hule y una mesa grande en la que todos comen y toman el té. Cerca de las paredes están unas sillas vienesas colocadas simétricamente.

También en la pared de la izquierda, al borde del escenario hay un estante de cristal en el que se ven variados objetos: cajitas, dos candelabros de bronce, unos vasitos de plata; etc.

En la habitación pequeña, y a través de la puerta en forma de arco, se ve un piano, un estante con papeles de música y, en un rincón, un jarro con unas flores de rododendro.

En la pared de la derecha hay dos ventanas. En las repisas de dichas ventanas, algunos tiestos con flores. Entre las mismas, un sofá y una mesita.

Es una tarde de otoño. Son casi las cinco. A través de las ventanas se percibe la oscuridad del exterior. En la habitación hay una semipenumbra. Tatiana está recostada en el sofá leyendo un libro. Palia está cosiendo cerca de la mesita.

ACTO I

TATIANA y POLIA

TATIANA (*leyendo*).— «Salió la luna. Y parecía extraño que un astro tan pequeño y tan triste iluminara de forma tan clara y suave con su resplandor azulado...» (*Coloca el libro sobre sus rodillas.*) Ya es demasiado tarde. Casi no hay luz.

POLIA.— ¿Enciendo la lámpara?

TATIANA.— No. Estoy cansada de leer.

POLIA.— ¡Qué bien escrito está! Tan sencillo... y melancólico... me conmueve. (*Pausa.*) Me gustaría saber cómo termina. ¿Se casarán o no?

TATIANA (*enfadada*).— Esto no es lo más importante.

POLIA.— Yo nunca hubiera podido enamorarme de un hombre así... ¡Nunca!

TATIANA.— ¿Por qué no?

POLIA.— Porque es demasiado aburrido. Siempre se está quejando... es indeciso... y yo creo que un hombre tiene que saber lo que debe hacer en la vida...

TATIANA (*en voz baja*).— ¿Y te parece que Nil lo sabe?

POLIA.— ¡Sí que lo sabe!

TATIANA.— ¿Qué va a hacer?

POLIA.— No puedo explicártelo con la sencillez que él lo haría... pero sé muy bien que las personas malas deberían apartarse de él... no le gustan.

TATIANA.— Pero... ¿quiénes son los buenos y quiénes los malos?

POLIA.— Él lo sabe... (*Tatiana se calla sin mirar a Polia, quien sonriendo coge el libro de las rodillas de Tatiana.*) ¡Qué bien escribe este autor! ¡Y la protagonista es tan simpática, tan atractiva, sencilla y sincera! Cuando se lee algo acerca de una mujer así, tan magnífica, parece que incluso tú te conviertes en alguien mejor.

TATIANA.— ¡Qué ingenua... y ridícula eres, Polia! A mí me da rabia toda esta historia. Nunca ha existido esa chica... ni la casa, ni el río, ni la lima... Nada de lo que describe el libro ha existido. Todo es inventado. Y siempre describen la vida de otra forma de como es en realidad; fíjate por ejemplo en la nuestra, en la tuya...

POLIA.— Claro, porque describen algo interesante. ¿Y qué hay de interesante en nuestras vidas?

TATIANA (*sin escucharla y con enfado*).— Tengo la sensación de que la gente que escribe estos libros no me quiere... y que siempre me está diciendo que lo que describe es mucho mejor de lo que yo creo.

POLIA.— Yo creo que todos los escritores deben de ser buenos. ¡Me gustarla tanto conocer a un escritor!

TATIANA (*como si hablara consigo misma*).— Todo lo que escriben sobre la maldad yo lo veo de otra manera... mucho menos trágico. Y cuando describen lo bueno, parece inventado. Por ejemplo, nadie declara su amor en la forma que ellos pretenden. Y la vida no es una tragedia, es como un río de agua turbia que corre continuamente hasta cansar la vista si se le observa fijamente. Es tan aburrida que ni vale la pena pensar en por qué corre el agua...

POLIA (*pensativa*).— A mí me gustaría conocer a un escritor; tú sólo lees los libros, en cambio yo siempre pienso en cómo debe ser su autor. ¿Joven? ¿Viejo? ¿Moreno?

TATIANA.— ¿Quién?

POLIA.— Pues, por ejemplo, el autor de esta obra.

TATIANA.—Ya murió.

POLIA.— ¡Qué lástima! ¿Hace mucho tiempo? ¿Murió joven?

TATIANA.— No era viejo... Bebía mucho.

POLIA.— ¡Pobrecito! (*Pausa.*) ¿Por qué será que personas tan inteligentes se emborrachan? Por ejemplo, este realquilado... el cantor... es un hombre bastante inteligente, pero bebe tanto... ¿por qué será?

TATIANA.— Porque vivir es muy aburrido.

PEDRO (*entrando*).— ¡Qué oscuridad! ¿Quién hay ahí?

POLIA.— Nosotras. Tatiana Basilievna y yo.

PEDRO.— ¿Por qué no encienden la luz?

POLIA.— Preferimos estar así.

PEDRO.— En mi habitación se huele al aceite que queman los viejos, por esto debía estar soñando que nadaba en un río de agua tan densa que parecía alquitrán. No sabía en qué dirección tenía que nadar, no veía las orillas, tropezaba con trozos de algo que no sabía qué era, y cuando me agarraba a ellos se deshacían como si estuvieran podridos. ¡Tonterías! (*Pasea por la habitación canturreando.*) Ya es hora de tomar el té.

POLIA.—Voy a prepararlo. (*Se va*)

PEDRO.— Cuando anochece, en esta casa parece todo más triste e inhospitalario. Todos estos muebles parecen más viejos, más grandes, más pesados... falta aire... se hace difícil respirar... (*Se acerca al armario y lo golpea.*) Éste hace dieciocho años que está aquí. Dicen que la vida paga de prisa... y en cambio este armario no se ha movido de aquí ni un centímetro. Cuando yo era niño muchas veces me hacía daño en la frente golpeándome contra él... e incluso ahora parece que me estorba. No es un armario, sino una cosa tonta, un símbolo. ¡Que se vaya al diablo!

TATIANA.— ¡Qué aburrido eres, Pedro! No tienes que estar siempre así.

PEDRO.— ¿Cómo tengo que estar?

TATIANA.— No vas nunca a ningún sitio. Siempre estás arriba en el cuarto de Lena. Te quedas allí toda la tarde... y esto no les gusta a los viejos. (*Pedro continúa paseando y canturreando.*) Sabes una cosa... estoy muy cansada. En la escuela me cansa el ruido, el desorden, y aquí me cansa el silencio y el orden, aunque de todas maneras es algo más divertido desde que Lena vive aquí. Sí, me canso mucho... y todavía faltan dos meses hasta las fiestas de Navidad. Noviembre, diciembre...

(*El reloj da las seis.*)

BEZSEMÉNOV (*asomando la cabeza por la puerta de su habitación*).— ¡Ah!

¡Estás aquí, canturreando! ¿Has escrito la solicitud?

PEDRO.— Sí... sí.

BEZSEMÉNOV.— Está bien, por fin. (*Desaparece.*)

TATIANA.— ¿Qué solicitud?

PEDRO.— La reclamación de 17 rublos con 50 copecs al comerciante Sizov, por haber pintado el tejado de su cobertizo.

AQUILINA IVANOVNA (*entra con una lámpara en la mano*).— Otra vez lloviendo. (*Se acerca al armario, lo abre, saca la vajilla y pone la mesa para el té.*) Hace frío aquí a pesar de haber encendido la estufa. Esta casa es tan vieja. ¡Ay, hijos míos, el viejo está otra vez de mal humor... dice que le duele la espalda, pero lo que ocurre es que también es viejo! Además, las cosas no marchan bien; muchas preocupaciones... muchos gastos...

TATIANA (*a su hermano*).— ¿Ayer también estuviste en el cuarto de Lena?

PEDRO.— Sí.

TATIANA.— ¿Lo pasasteis bien?

PEDRO.—Sí. Había gente, tomamos el té..., discutimos...

TATIANA.— ¿Con quién?

PEDRO.— Con Nil, con Chíchkin.

TATIANA.— Como siempre...

PEDRO.— Sí. Nil, como de costumbre, con su entusiasmo por la vida; me molesta, con sus sermones de amor a la vida, dando ánimo a todos. ¡Es ridículo! Al escucharle, uno imagina la vida como a una tía de América que llegará cualquier día cargada de dinero. Chíchkin con sus discursos acerca de la conveniencia de tomar leche y de los males que ocasiona el tabaco. Además, siempre está riñéndome por mis ideas de pequeño burgués.

TATIANA.— En fin, como siempre.

PEDRO.—Sí, como siempre.

TATIANA.— Y a ti, ¿te gusta Lena?

PEDRO.— Sí, es simpática... y alegre.

AQUILINA IVANOVNA.— Es una coqueta, su manera de vivir y de comportarse no me gusta nada; cada día hay gente en su habitación, a tomar el té, a cantar y bailar... Y no tiene lavabo, utiliza la jofaina, y tira toda el agua al suelo. Estropea la casa.

TATIANA.— Ayer estuve en nuestro club, hubo una pequeña fiesta. El director de nuestra escuela que es también concejal del Ayuntamiento, Somov, apenas me saludó. Pero cuando vio a la amiga del juez Romanov, se precipitó hacia ella, y se inclinó besándole la mano como si fuera la esposa del gobernador...

AQUILINA IVANOVNA.— Es un sinvergüenza. Lo que debía hacer es ofrecer su brazo a una señorita decente y pasearla por la sala con todos los honores.

TATIANA (*a Pedro*).— ¡Figúrate! Para esta gentuza, una maestra de escuela merece menos atención y respeto que cualquiera de esas mujeres... pintarrajeadas.

PEDRO.— No vale la pena ni hacerles caso. Hay que estar por encima de todo esto. Sin embargo ella, aunque es de esas, no se pinta.

AQUILINA IVANOVNA.— ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Les has lamido las mejillas? Han ofendido a tu hermana y tú defiendes a...

PEDRO.— Mamá, basta. No vale la pena hablar de eso.

TATIANA.— No se puede hablar cuando mamá está delante... (*Se oyen pasos en el recibidor.*)

AQUILINA IVANOVNA.— Bueno, bueno. Y tú, Pedro, en vez de pasear por ahí, podías haber traído el samovar; pesa demasiado para Stepanída.

(*Entra Stepanída con el samovar, lo coloca en el suelo, sofocada, y dice a la dueña de la casa:*)

STEPANÍDA.— Como quiera... pero yo ya no puedo... pesa demasiado...

AQUILINA IVANOVNA.— ¿Crees que vamos a tener un criado para que lo traiga?

STEPANÍDA.— Como quiera, que lo traiga el cantor. Pedro Basilievich, ponlo sobre la mesa... no tengo fuerza...

PEDRO.— Sí, lo pondré.

STEPANÍDA.— Gracias. (*Se va.*)

AQUILINA IVANOVNA.— Es verdad, Petia, díselo al cantor, él puede hacerlo.

TATIANA (*suspirando tristemente*).— ¡Dios mío!

PEDRO.— También puedo decirle que nos traiga agua, lave el suelo, limpie la chimenea y además lave la ropa...

AQUILINA (*enfadada*).— No digas tonterías... Todas estas

cosas tenemos quien las haga, pero traer el samovar...

PEDRO.— Mamá, cada día se habla de lo mismo, del samovar, y créame, la única solución es tomar un criado.

AQUILINA.— ¿Para qué necesitamos otro criado? Tu padre hace lo que éste haría, él mismo se ocupa del patio.

PEDRO.— Es por tacañería, por avaricia, teniendo dinero en el banco.

AQUILINA.— ¡Cállate! Te oirá tu padre. ¡Eres tú quien tiene dinero en el banco!

PEDRO.— ¡Escúcheme, mamá!

TATIANA (*levantándose rápidamente*).— Pedro, cállate, eres insoportable.

PEDRO (*aproximándose a ella*).— Bueno, bueno, no grites..., uno empieza a discutir sin querer.

AQUILINA.— ¡Ah! No dejáis hablar a vuestra madre.

PEDRO.— Cada día lo mismo. De todo esto va quedando dentro un residuo, como herrumbre.

AQUILINA (*grita desde la puerta*).— ¡Eh, padre, ven a tomar el té!

PEDRO.— Cuando arregle mis asuntos con la Universidad iré a Moscú y, como antes, sólo vendré para estar aquí una semana y basta. Durante los tres años que he permanecido en la Universidad he perdido la costumbre de estar en casa, con todo lo que ello supone, y todas estas tonterías; casi ni recordaba esta vida de pequeños burgueses... ¡Prefiero vivir solo, sin los encantos de la casa paterna!

TATIANA.— Y yo sin poder ir a ninguna parte.

PEDRO.— Puedes ir a estudiar a cualquier Instituto.

TATIANA.— Pero no tengo ganas de estudiar, quiero vivir... veo que no me comprendes.

AQUILINA (*al levantar la tetera se quema los dedos, exclamando*).— ¡Ah! ¡Diablo!

TATIANA.— No tengo idea de lo que es la vida, no sé cómo hay que vivirla.

PEDRO.— Si, hay que saber vivir, y con mucha prudencia.

BEZSEMÉNOV (*sale de su cuarto, mira a todos y se sienta a la mesa*).—

¿Habéis llamado a los realquilados para que vengan a tomar el té?

AQUILINA.— Petia, llámales...

(*Pedro se va. Tatiana se sienta a la mesa.*)

BEZSEMÉNOV.— Otra vez se han terminado los terrones de azúcar.

TATIANA.— ¿Es que no es igual un azúcar que otro, papá?

BEZSEMÉNOV.— No te hablo a ti, sino a mamá. Ya sé que para ti todo es igual.

AQUILINA.— Compré solamente una libra de terrones. Tenemos un trozo grande entero, pero no tuve tiempo de romperlo, no te enfades por eso^[1].

BEZSEMÉNOV.— No me enfado. Sólo digo que el azúcar en terrones no es tan dulce como el partido en casa, por lo tanto hay que comprarlo a trozos grandes, resulta más barato. (*A su hija.*) ¿Por qué suspiras?

TATIANA.— ¿Yo? No, nada.

BEZSEMÉNOV.— Si no tienes nada, ¿por qué suspiras? ¿No te gusta escuchar lo que dice tu padre? No hablo por hablar, os hablo a vosotros. Nosotros ya hemos vivido, mientras que vosotros tenéis que vivir todavía, y no sabéis cómo. No os gusta la manera como lo hace-

¹ En Rusia el azúcar se vendía de tres clases distintas: en polvo, en terrones y en bloques. (*N. del T.*)

mos nosotros y no sabéis qué tenéis que hacer.

TATIANA.— Papá... ¡Cuántas veces nos has dicho lo mismo, siempre lo mismo!

BEZSEMÉNOV.— ¡Y seguiré diciendo lo mismo hasta que me muera! Porque estoy muy preocupado pensando en vosotros, creo que he hecho mal en haberos enviado a la escuela. A Pedro le expulsaron de la Universidad y tú te has convertido en una solterona.

TATIANA.— Pero, papá, estoy trabajando.

BEZSEMÉNOV.— Ya lo sé. ¿Pero de qué sirve tu trabajo? Ganas veinticinco rublos al mes, una miseria. Cásate. Yo te pagaría cincuenta rublos al mes.

AQUILINA (*mientras habla su marido está muy nerviosa, quiere interrumpirle varias veces y al fin se decide a preguntarle cariñosamente*).— Padre, ¿quieres buñuelos? Han sobrado algunos de la comida. ¿Los quieres?

BEZSEMÉNOV (*la mira furioso, pero luego sonrío*).— Bueno, sí, dame buñuelos. (*Aquilina se precipita hacia el armario. A Tatiana.*). ¿Ves como tu madre os protege, igual que un pato protege a sus crías del perro? ¡Ah, eres tú, vendedor de pájaros! ¡Has aparecido de nuevo, perdido!

PERCHIJIN (*aparece en la puerta. Detrás de él, entra Folia*).— ¡La paz sea con todos! Saludo al amo, a su bella esposa y a sus hijos. ¡Amén!

BEZSEMÉNOV.— Otra vez borracho.

PERCHIJIN.— Por ser tan desgraciado.

BEZSEMÉNOV.— ¿Por qué?

PERCHIJIN.— Hoy he vendido un pinzón, hacía tres años que lo tenía en casa... ¡Qué bien cantaba! Y ahora me considero desgraciado por haberlo vendido. Lástima de pájaro. Lo quería mucho. (*Polia sonrío.*)

BEZSEMÉNOV.— Si tanto lo querías, ¿por qué lo has vendido?

PERCHIJIN (*agarrándose a las sillas, da vueltas alrededor de la mesa*).— Me lo pagaron bien.

AQUILINA.— ¿Y para qué necesitas el dinero? Te lo gastas todo en vino.

PERCHIJIN.— Tienes razón, mujer. Es verdad.

BEZSEMÉNOV.— Entonces, ¿por qué lo has vendido?

PERCHIJIN.— Porque empezaba a quedarse ciego, es decir, que estaba a punto de morir...

BEZSEMÉNOV.— Entonces no eres tan tonto como pareces.

PERCHIJIN.— ¡No, no es esto, es que soy un desgraciado!

(*Entran Pedro y Tétere.*)

TATIANA.— ¿Dónde está Nil?

PEDRO.— Se ha ido con Chíchkin, a ensayar.

BEZSEMÉNOV.— ¿Dónde actúan?

PEDRO.— En un espectáculo para los soldados.

PERCHIJIN (*a Tétere*).— ¡Salud a la divina flauta! ¿Vamos a cazar patos, tío?

TÉTEREV.— Bueno. ¿Cuándo?

PERCHIJIN.— Si quieres, mañana mismo.

TÉTEREV.— Mañana no. Tengo que ir a un entierro.

PERCHIJIN.— Podríamos ir antes.

TÉTEREV.— Entonces, sí. Aquilina Ivanovna, ¿hay algo para comer?

AQUILINA.— Sí. Polia, trae todo lo que hay... (*Polia se va.*)

TÉTEREV.— Muchas gracias. No tuve tiempo de comer:

entierros, bodas...

AQUILINA.— Sí, sí, ya sé... (*Pedro coge su taza de té y se va a la habitación que está detrás del arco. El padre y Téterelev le siguen con el ceño fruncido. Permanecen callados durante unos minutos.*)

BEZSEMÉNOV.— Debes de haber ganado mucho dinero este mes, Terencio, cada día tienes entierros.

TÉTEREV.— Sí, no me quejo, tengo bastante trabajo.

BEZSEMÉNOV.— ¿Tienes también muchas bodas?

TÉTEREV.— Sí, bastantes.

BEZSEMÉNOV.— Lo que tienes que hacer es casarte tú cuando tengas bastante dinero.

TÉTEREV.— No tengo ganas de casarme. (*Tatiana se reúne con Pedro y hablan en voz baja.*)

PERCHIJIN.— No te cases. No te hace ninguna falta, es mejor cazar pájaros.

TÉTEREV.— De acuerdo.

PERCHIJIN.— Es una ocupación estupenda. Sobre todo cuando caen las primeras nevadas; todo es blanco, inmaculado, y el silencio absoluto... Sobre todo cuando hace sol, los árboles conservan todavía las doradas hojas; y las ramas están cubiertas de nieve... Y de repente, aparecen los pinzones en lo alto, y parece que la nieve se cubre de flores...

BEZSEMÉNOV.— Los pinzones son unos pájaros muy tontos.

PERCHIJIN.— Y yo también.

TÉTEREV.— Pero lo que acabas de decir está muy bien.

AQUILINA (*a Perchijin*).— Eres como un niño.

PERCHIJIN.— Me gusta cazar pájaros. No hay nada más bonito que los pájaros.

BEZSEMÉNOV.— Pero es pecado. ¿Lo sabías?

PERCHIJIN.— Lo sé. Pero ¿qué le voy a hacer si no sé hacer otra cosa? Además, creo que cualquier cosa que se haga con amor está perdonada.

BEZSEMÉNOV.— ¿Cualquier cosa?

PERCHIJIN.— Sí, todo.

BEZSEMÉNOV.— ¿Incluso robar?

PERCHIJIN.— No, eso es distinto.

BEZSEMÉNOV.— Quizá tengas razón.

AQUILINA (*bostezando*).— ¡Qué aburrimiento! Por las tardes me aburro terriblemente. Terencio, ¿por qué no traes nunca tu guitarra? Ahora mismo hubieras podido tocar un poco.

TÉTEREV (*con calma*).— Cuando alquilé mi habitación no fue con la obligación de distraerles.

AQUILINA.— ¿Cómo? ¿Qué has dicho?

TÉTEREV.— Lo he dicho bien claro y en voz alta.

BEZSEMÉNOV.— Cuando te miro y escucho lo que dices, Terencio, me dejas perplejo, eres un inútil, no vales para nada, y tienes un orgullo..., como si fueras un señor.

TÉTEREV (*tranquilamente*).— Debe ser algo innato.

AQUILINA.— No es orgulloso. ¡Qué va! Habla en broma.

TATIANA (*con reproche*).— ¡Mamá!

AQUILINA.— ¿Otra vez he dicho algo que está mal? Me callo.

BEZSEMÉNOV (*enfadado*).— Tienes que tener cuidado al hablar. Aquí hay personas cultas e inteligentes que siempre están a punto de criticarnos, y tú y yo somos unos viejos tontos.

AQUILINA.— Claro, claro..., me callo...

PERCHIJIN (*a Bezseménov*).— Lo que has dicho, aunque lo hayas dicho en broma, es verdad.

BEZSEMÉNOV.—To no me burlaba.

PERCHIJIN.—Espera, espera, pero has dicho la verdad. Los viejos son tontos...

BEZSEMÉNOV.— Sobre todo si son como tú.

PERCHIJIN.—No se trata de mí, yo hablo en general. Supongo que si no hubiera viejos no existiría tanta tontería en el mundo. Los viejos parecen una madera podrida cuando arde, hace más humo que fuego.

TÉTEREV (*sonriendo*).—Bien dicho. De acuerdo. (*Folia se acerca a su padre y le acaricia.*)

BEZSEMÉNOV (*sombrío*).— Sigue, sigue... (*Pedro y Tatiana sonrían mirando o Perchijin.*)

PERCHIJIN (*animándose*).— Los viejos son demasiado testarudos. Saben que no tienen razón, pero nunca lo confiesan, son orgullosos. Han vivido mucho, han gastado más de cuarenta pantalones. ¿Cómo pueden equivocarse? Dicen: «¡Soy viejo y por lo tanto tengo razón!» Y no comprenden que sus ideas ya son gastadas, mientras que las de la juventud son rápidas y nuevas.

BEZSEMÉNOV (*con enfado*).— Basta de decir tonterías. Así crees que vosotros tenéis que enseñarnos.

PERCHIJIN.— ¡Qué va! Es inútil tirar flechas contra las piedras.

BEZSEMÉNOV.— ¡Cállate! Soy mayor que tú. Y voy a decirte una cosa. ¿Por qué si los jóvenes son más inteligentes que nosotros los viejos, en vez de hablar y discutir, sólo se ríen? ¿Has pensado esto alguna vez? Ya veo que no. Me marchó, ya que me consideráis tan tonto. (*Se levanta de la silla con ruido, y desde la puerta, mirando a sus hijos, dice:*) Mis inteligentes hijos... (*Pausa.*)

PERCHIJIN (*a Pedro y Tatiana*).—No debéis hacer enfadar al viejo...

POLIA.— Pero si no son ellos, sino tú quien le ha hecho enfadar. PERCHIJIN.— ¿Yo? En mi vida he hecho enfadar a nadie.

AQUILINA.— Eso no está bien, le habéis molestado sin motivo y ahora estará de mal humor. El padre es viejo, necesita descanso..., hay que respetarle. Voy con él, y tú, Polia, lava las tazas.

TATIANA.— No comprendo por qué se ha enfadado con nosotros.

AQUILINA (*desde la puerta*).—Esto está muy mal. Tú que eres inteligente ¿por qué siempre evitas el hablar con él? (*Polia lava los vasos. Téterev la mira pensativo. Perchijin y Pedro están sentados cerca de la mesa, Tatiana se va a su cuarto.*)

POLIA (*a Téterev*).— ¿Por qué me miras así?

TÉTEREV.— ¿Cómo tengo que mirarte?

PERCHIJIN.— ¿En qué estás pensando, Pedro?

PEDRO.— Pienso adónde podría marcharme.

PERCHIJIN.— Quería preguntarte una cosa, ¿qué es canalización?

PEDRO.— ¿Para qué quieres saberlo? Es largo de explicar, y aburrido.

PERCHIJIN.— ¿Pero tú lo sabes?

PEDRO.— Naturalmente.

PERCHIJIN (*incrédulo*).— Mm...

POLIA.— ¿Por qué tardará tanto Nil Basilievich?

TÉTEREV.— Qué ojos tan bonitos tienes. POLIA.— Esto ya me lo dijiste ayer.

TÉTEREV.—Y lo diré mañana.

POLIA.— ¿Para qué?

TÉTEREV.— No sé... ¿Te parece que estoy enamorado de ti?

POLIA.— ¡Dios mío! No se me había ocurrido.

TÉTEREV.— ¡Lástima! Pues piénsalo.

POLIA.— ¿Pensar en qué?

TÉTEREV.— En porqué siempre te hablo de ese modo... y, después, contéstame.

POLIA.— ¡Qué ridículo eres!

TÉTEREV.— Ya lo sé, me lo has dicho otras veces. Y yo te repito lo mismo: tienes que marcharte de esta casa, no tienes que seguir viviendo aquí, esto no es sano.

PEDRO.— Si tienes que declarar tu amor, puedo marcharme.

TÉTEREV.— No. No te considero objeto animado.

PEDRO.— Es un chiste de mal gusto.

POLIA (*a Tétere*).— Siempre te gusta discutir.

(Tétere se aleja y escucha de qué hablan Pedro y Perchijin. Tatiana sale de su cuarto envuelta en un chal, se sienta al piano, y busca entre los papeles de música.)

TATIANA.— ¿Todavía no ha venido Nil?

POLIA.— No.

PERCHIJIN.— Qué aburrido. Me aburro mortalmente, Petia. He leído en un periódico que los ingleses han inventado unos barcos que vuelan; al entrar y sólo tocando un botón te remontas hasta las nubes. Dicen que muchos se han perdido en el espacio. ¿Es verdad eso, Petia?

PEDRO.— ¡Tonterías!

PERCHIJIN.— ¿Y por qué escriben esas cosas?

PEDRO.— Escriben muchas tonterías.

PERCHIJIN.— ¿De veras?

PEDRO (*impacientándose*).— Claro que sí... (*Tatiana toca al piano una melodía triste.*)

PERCHIJIN.— No te enfades... Pero dime, ¿por qué todos vosotros, jóvenes e instruidos, nos tratáis de ese modo, sin querer apenas hablar con nosotros, viejos y tristes? Eso me parece muy mal.

PEDRO.— ¿Y qué más?

PERCHIJIN.— Nada, ya veo que tengo que marcharme. Polia, vamos a casa.

POLIA.— Sí, cuando haya quitado la mesa. (*Sale. Tétere* *la sigue con la mirada.*)

PERCHIJIN.— ¿Recuerdas, Petia, los tiempos en que cazábamos pájaros? Entonces me querías mucho.

PEDRO.— También ahora.

PERCHIJIN.— Ya lo veo.

PEDRO.— Entonces me gustaban los caramelos y los buñuelos, y ahora los detesto.

PERCHIJIN.— Lo comprendo. (*A Tétere*.) Tío Terencio, ¿vamos a beber cerveza?

TÉTEREV.— No me apetece.

PERCHIJIN.— Pues me voy solo. Allí es más divertido. Aquí uno se muere de aburrimiento. No hacéis nada, no os gusta nada. ¿Queréis jugar a cartas? Somos cuatro. (*Tétere sonríe a Pedro.*) Bueno, siendo así, me voy. (*Se acerca a Tétere.*) ¡Vamos, hombre!

TÉTEREV.— No, no quiero. (*Perchijin hace un ademán de desesperación y se va.*)

Silencio. Se oye cómo Tatiana toca el piano. Pedro se echa en el sofá y silba quedamente la misma melodía. Tétere pasea por la habitación. En el recibidor, detrás de la puerta, se oye cómo cae un objeto, pesado, un cu-

bo, o algo parecido. Se oye la voz de Stepanída: «¡Ah, diablo!»)

TATIANA (*dejando de tocar*).— Tarda mucho en llegar Nil.

PEDRO.— No viene nadie.

TATIANA.— ¿Esperas a Elena?

PEDRO.— Es igual, a cualquiera.

TÉTEREV.— Nunca viene nadie a veros a vosotros.

TATIANA.— Siempre estás de mal humor.

TÉTEREV.— No viene nadie porque es muy aburrido estar aquí.

PEDRO.— Así habla Terencio.

TÉTEREV.— ¿Es que no veis que Perchijin, este borracho, este pobre cazador de pájaros, tiene el alma y el espíritu vivos, mientras que vosotros estáis ya medio muertos?

PEDRO.— ¿Y de ti mismo, qué opinas?

TATIANA (*levantándose*).— Basta, basta ya. Ya habéis discutido muchas veces sobre lo mismo.

PEDRO.— Me gusta Terencio, su estilo, me gusta su papel de juez, de crítico, pero no comprendo por qué eres precisamente tú quien desempeña este papel. Además, lo haces como si recitaras una plegaria de difuntos. Quiero decir que, en definitiva, no te gustamos.

TÉTEREV.— No.

PEDRO.— Gracias por tu franqueza. (*Entra Polio.*)

POLIA.— Quiero ir al teatro. ¿Quién quiere acompañarme?

TÉTEREV.— Yo.

PEDRO.— ¿Qué dan hoy?

POLIA.— «La segunda juventud». ¿Tatiana Basilievna, vienes con nosotros?

TATIANA.—No. Esta temporada no pienso ir al teatro. Ya tengo bastante. Estoy harta de dramas con tiros, llantos y gemidos. (*Tétere* *toca con un dedo una tecla del piano y produce un sonido bajo y lúgubre.*) Todo lo que representan es mentira. La vida nos maltrata y nos tortura sin ruido y sin gritos, sin que nos demos cuenta.

PEDRO (*sombrío*).— Sí, en estos dramas tratan de temas amorosos, pero nunca de lo que tortura al hombre cuando se encuentra en la encrucijada de lo que quiere y lo que debe hacer. (*Tétere*, *sonriendo*, *sigue tocando con el dedo una tecla del piano.*)

POLIA (*sonriendo*).— A mí me gusta el teatro. Por ejemplo, este don César de Bazán, este caballero español, es magnífico. Un verdadero héroe...

TÉTEREV.— ¿Yo me parezco a él?

POLIA.— ¡Qué va! ¡Claro que no!

TÉTEREV.— ¡Qué lástima!

TATIANA.— Cuando hacen escenas de amor, me dan asco. En la vida no ocurren estas cosas.

POLIA.— Entonces vamos, Terencio.

TÉTEREV.— No. No iré contigo si no ves en mí nada parecido al caballero español. (*Polio ríe y se va.*)

PEDRO.— ¿Por qué le gustará aquel caballeo?

TÉTEREV.— Porque ve en él a un hombre sano.

TATIANA.— Va bien vestido.

TÉTEREV.— Además, es alegre. Los villanos raras veces son alegres.

PEDRO.— Según esta opinión, tú debes ser un gran criminal.

TÉTEREV (*continúa tocando notas lúgubres*).—Yo soy sencillamente un borracho y nada más. ¿Sabéis por qué en Rusia hay tantos borrachos? Porque es más fácil tra-

tarlos. A un borracho todos le quieren, a una persona audaz y atrevida la odian. Es más cómodo querer a alguien que no vale nada.

PEDRO (*paseando*).— En Rusia, en nuestra Rusia; esto sueña extraño. ¿Es que Rusia es nuestra? ¿Es mía, o tuya?

TÉTEREV (*canturreando*).— «Somos pájaros libres»...

TATIANA.— Terencio, cállate, es demasiado fúnebre.

TÉTEREV.— Procuero hacer juego con el ambiente. (*Tatiana se va.*)

PEDRO (*pensativo*).— Deja esto, me enervas. Yo creo que cuando un francés o un inglés dice Francia o Inglaterra, ve en estas palabras algo concreto, tangible, pero cuando yo digo Ruda, dentó que para mí suena a vacío..., y que me es imposible dar a esta palabra un sentido claro y concreto. (*Pausa. Téterev sigue tocando.*) Hay muchas palabras que pronunciamos por costumbre sin pensar en su significado. Por ejemplo, mi vida o la vuestra. ¿Qué significado tienen estas palabras? (*Se calla. Téterev sigue tocando, llenando la habitación de lúgubres sonidos y mirando a Pedro mientras sonrío.*) ¡Qué diablos fue lo que me obligó a tomar parte en aquellos disturbios! Ingresé en la Universidad para estudiar. No me molestaba ningún régimen para poder seguir estudiando Derecho romano. Te lo digo sinceramente, pero la camaradería me empujó a todo aquello..., y he perdido dos años. Fue una imposición. Ya estaba pensando en terminar mis estudios, en ser abogado, trabajar, leer, profundizar en la vida...

TÉTEREV (*irónicamente*).— Para regocijo de tus padres, para el bien de la Patria y de la Iglesia, como miembro útil de la sociedad.

PEDRO.— ¡Sociedad! ¡Es la sociedad lo que más odio! La sociedad impone cada vez más y más deberes al individuo y no ofrece ninguna posibilidad para el desarrollo normal de la personalidad. «¡El hombre debe ser ante

todo un ciudadano!» Esto es lo que me gritaban día y noche mis compañeros... Quise ser un ciudadano... ¡Y qué diablo! Si la persona es libre, entonces yo lo soy y no quiero someterme a la voluntad de ninguna sociedad. Oye..., ¡deja esta música diabólica!

TÉTEREV.— Pero yo te acompaño, a ti, pequeño burgués, al ex ciudadano de media hora. (*Se oye un ruido en el recibidor.*)

PEDRO (*enfadado*).— No te burles de mí. (*Tétere mira a Pedro con arrogancia y sigue tocando. Entran Nil, Elena, Chíchkin, Zvetáeva y luego Tatiana.*)

ELENA.— ¿Qué significa esta música tan fúnebre? Salud a todos. Y a ti, señor fiscal.

PEDRO (*sombrío*).— Qué tontería.

TÉTEREV.— Yo estaba tocando el réquiem para un hombre muerto prematuramente.

NIL (*a Tétere*).— Oye, tú, tengo que pedirte un favor. (*Le habla cd oído. Tétere asiente inclinando la cabeza.*)

ZVETÁEVA.— ¡Ah! ¡Señores! ¡Qué interesante ha sido el ensayo!

ELENA.— ¡Oh! ¡Señor fiscal, qué bien me cortejaba el oficial Bikov!

CHÍCHKIN.— Este Bikov es un toro.

PEDRO.— ¿Crees que me interesa saber quién te corteja?

ELENA.— Veo que estás de mal humor.

ZVETÁEVA.— Pedro Basilievich está siempre de mal humor.

CHÍCHKIN.—Es su estado normal.

ELENA.— Tánechka, ¿tú también estás de mal humor?

TATIANA.— Sí, como de costumbre.

ELENA.— En cambio yo estoy muy alegre. ¿Por qué estaré

siempre alegre?

NIL.—No puedo contestar a esta pregunta.

ZVETÁEVA.—Yo también estoy alegre.

CHÍCHKIN.—Yo no siempre.

TATIANA.— Pero casi siempre.

ELENA.— Quieres ser mordaz. ¡Muy bien!

TÉTEREV.— ¡Oh, eres la encarnación de la frivolidad!

ELENA.— ¡Te recordaré estas palabras cuando me declares tu amor!

NIL.— Querría comer algo, tengo que irme pronto, hoy estoy de servicio.

ZVETÁEVA.— ¿Toda la noche? Pobrecito.

NIL.— No, veinticuatro horas; voy a ver qué hay en la cocina.

TATIANA.—Voy a decir a Stepanída que prepare algo. (*Salen ambos.*)

TÉTEREV.— ¿Pero es que crees que me enamoraré de ti?

ELENA.— Sí, sí, monstruo atrevido.

TÉTEREV.— Conforme, no me será difícil. Otras veces he estado enamorado de dos personas a la vez y de una casada.

ELENA (*acercándose*).— ¿Y qué?

TÉTEREV.— Todo fue en vano.

ELENA (*señalando a Pedro*).— Dime, ¿qué ha ocurrido entre vosotros? (*Téterev ríe. Habla en voz baja.*)

CHÍCHKIN (*a Pedro*).— ¿Puedes prestarme tres rublos? Tengo los zapatos rotos.

PEDRO.— Toma, así me debes siete.

CHÍCHKIN.— De acuerdo.

ZVETÁEVA.— Pedro Basillevich, ¿por qué no tomas parte en nuestros espectáculos?

PEDRO.— No sirvo para actor.

CHÍCHKIN.— Nosotros tampoco, pero...

ZVETÁEVA.— Podrías asistir a los ensayos. Los soldados son gente muy interesante. Uno de ellos, por ejemplo, es muy divertido y simpático..., siempre sonrío, se sonroja, y no entiende nada de nada.

PEDRO (*mirando a Elena*).— No comprendo cómo puede ser interesante la gente que no entiende nada.

CHÍCHKIN.— Pero es que no solamente está éste, sino que hay otros muchos.

PEDRO.— Ya, ya. Y forman un regimiento.

ZVETÁEVA.— No sé por qué dices estas cosas. A esto lo llamo yo orgullo de clase, de aristócrata,

TÉTEREV (*de repente y en voz muy alta*).— No sé arrepentirme.

ELENA.— Chist, chist.

PEDRO.— No soy aristócrata, sino pequeño burgués.

CHÍCHKIN.— Entonces todavía se entiende menos tu modo de juzgar a la gente sencilla.

TÉTEREV.— Nunca nadie ha tenido compasión de mí.

ELENA.— ¿Es que no sabes que hay que devolver bien por mal?

TÉTEREV.— No puedo devolver nada, porque no tengo ni calderilla.

PEDRO (*escucha atentamente lo que están hablando Elena y Tétere*v).—Y yo no comprendo por qué simpatizáis con esta gente sencilla.

ZVETÁEVA.—No fingimos.

CHÍCHKIN.—Nos gusta simplemente estar entre ellos. Son ingenuos, sanos, te sientes como en un bosque, y es agradable sentirte refrescado.

PEDRO (*irritado*).— No. Lo que ocurre es que vivís de ilusiones, os acercáis a esta gente con intenciones ocultas, ridículas. Sentirse refrescado entre los soldados...

ZVETÁEVA.— No solamente entre los soldados. También organizamos espectáculos para los obreros.

PEDRO.— Es lo mismo. Creéis que corriendo así por todas partes contribuís al desarrollo de la personalidad. Estáis convencidos de que hacéis un trabajo útil. Desengañaos. Mañana aparecerá un oficial o un jefe cualquiera y con una bofetada hará desaparecer la personalidad y le sacará de la cabeza todo lo que hayáis logrado meterle dentro.

ZVETÁEVA.— Es desagradable lo que estás diciendo.

CHÍCHKIN.—Sí. No es la primera vez que te oigo, y cuanto más te escucho menos me gustas; quizá terminemos por no conversar nunca más.

PEDRO (*fríamente*).— Eso temo, pero no me niego a discutir.

ELENA.— Pero señores, ¿por qué se ponen de esta manera?

PEDRO.— Por ganas de parecer originales, supongo.

ZVETÁEVA.— Naturalmente; los hombres siempre quieren parecer originales, sobre todo en presencia de las mujeres. Uno quiere parecer pesimista, otro mefistofélico, y en el fondo no son más que holgazanes.

TÉTEREV.— Claro, preciso, y bien dicho.

ZVETÁEVA.— ¿Qué te habías creído, que iba a deciros cumplidos?

TÉTEREV.— Eso es cosa tuya. A propósito, me interesaría conocer tu opinión: ¿Qué te parece, hay que devolver

bien por mal? O mejor dicho, en cosas iguales, ¿sí o no?

ZVETÁEVA.— ¿Te gustan las paradojas?

CHÍCHKIN.— Déjale hablar, me gusta mucho oírle hablar así, a veces dice algo, hay que reconocer que tenemos ideas tan vulgares como monedas gastadas.

PEDRO.— Eres demasiado magnánimo creyendo atribuir a cada uno tus propios méritos.

CHÍCHKIN.— Hay que decir siempre la verdad, incluso en cosas sin importancia hay que decir la verdad. Debo confesar que nunca he podido decir algo original, aunque lo desearía.

TÉTEREV.— Pues ahora mismo acabas de decir algo que lo es.

CHÍCHKIN.— ¿De veras?

ELENA.— Dejaos de tonterías y seguid hablando sobre el bien y el mal.

CHÍCHKIN (*a Tétere*).— Continúa, hombre.

TÉTEREV (*adoptando una pose*).— ¡Estimados bípedos! Cuando dicen que hay que devolver bien por mal se equivocan. El mal es innato y no hay que darle tanta importancia, pero el bien es algo que la humanidad ha inventado y que le ha costado muy caro, por tanto es precioso, tan precioso que no hay nada mejor en este mundo. De ahí que no sea equivalente al mal y que devolver bien por mal sea algo absurdo. Por esto os digo: pagad el bien con el bien pero nunca con más del que hayáis recibido, no fomentéis la usura. El hombre es avaro por naturaleza y recibiendo más de lo que debe siempre aspirará a más y más, pero tampoco es prudente pagar menos de lo debido porque entonces se considerará engañado y será rencoroso. Debéis ser justos con el prójimo... (*Al hablar así, Tétere que había empezado empleando un tono burlón, acaba hablando seriamente. Al terminar se aleja a un rincón. Un momento de silen-*

cio. Todos quedan turbados, sintiendo que en sus palabras flota algo pesado, pero sincero.)

ELENA.— Tú debes haber sufrido mucho.

TÉTEREV.— Me consuelo pensando que algún día recibiréis algo de mí.

NIL (*entra con la sopera y un pedazo de pan. Tras él viene Tatiana*).— Todo lo que acabas de decir, Tania, es filosofía, tienes la mala costumbre de filosofar acerca de todo. Si llueve, filosofas, si te duele un dedo, otra filosofía. Al escucharte me haces pensar que los estudios no son provechosos para todo el mundo.

TATIANA.— ¡Qué grosero eres, Nil!

NIL (*sentándose a la mesa y comiendo*).— ¿Grosero? No, simplemente te digo que te aburres demasiado, debes trabajar. El que trabaja no se aburre, si te fastidias en casa, vete a una aldea, quédate allí y enseña, o vete a Moscú para estudiar cualquier cosa. ¿Dónde está Polia? ¿A dónde ha ido?

TATIANA.— Al teatro, ¿por qué lo preguntas?

NIL.— Por nada.

TATIANA.— ¿La necesitas para algo?

NIL.— No. Es decir, ahora no, pero en general la necesito.
(*Todos sonrían menos Tatiana.*)

TATIANA (*insistiendo*).— ¿Para qué la necesitas? (*Nil sigue comiendo, sin contestar.*)

ELENA (*a Tatiana*).— ¿Te ha reñido? ¿Por qué?... Cuéntame.

ZVETÁEVA.— Sí, será interesante saberlo.

CHÍCHKIN.— A mí me gusta que Nil Basilievich haga reproches a la gente. PEDRO.— Y a mí que coma.

NIL.— Procuero hacerlo todo bien.

ELENA.— Va, dinos algo, Tatiana.

TATIANA.— Dejadmé en paz. No tengo ganas de hablar.

ZVETÁEVA.— No tiene nunca ganas de nada.

TATIANA.— ¡Qué sabes tú! Quizá deseo morirme.

ZVETÁEVA.— ¡Qué asco!

ELENA.— No me gusta oír hablar de la muerte.

NIL.— Es inútil hablar de ella.

TÉTEREV.— ¡Eres un verdadero filósofo!

ELENA.— Señores, vamos a mi habitación. Es hora de tomar el té.

CHÍCHKIN.— Sí, no estaría mal, con algún bocadillo.

ELENA.— Naturalmente.

CHÍCHKIN.— Sí, le miro (*señalando a Nil*) y le envidio.

NIL.— Haces mal. Como ya he terminado iré con vosotros. Tengo más de una hora libre.

TATIANA.— Sería mejor que descansaras. NIL.— No, no lo necesito.

ELENA.— Pedro Basilievich, vamos.

PEDRO.— Si me permite...

ELENA (*a Pedro*).—Vuestro brazo... (*Riendo*.) «Allons enfants de la patri...i...i...e!»

Todos salen ruidosamente, cantando y riendo. Por unos momentos en el escenario no hay nadie. Luego entra Aquilina Ivanovna, bosteza y apaga las lámparas. Desde la puerta abierta se oye la voz del viejo que está leyendo él salterio. En la oscuridad y tropezando con las sillas, la vieja se dirige a su habitación.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO II

La misma habitación. Mediodía otoñal. Bezseménov está sentado frente a la mesa. Tatiana pasea lentamente por la habitación. Pedro está de pie mirando por la ventana.

BEZSEMÉNOV.— ¡Hijos míos! Hace más de una hora que estoy hablando y veo que mis palabras no os afectan en absoluto. Tú, Pedro, de espaldas y mirando por la ventana, y Tatiana paseando como pájaro enjaulado.

TATIANA.— voy a sentarme. (*Se sienta.*)

PEDRO (*volviéndose hacia el padre*).— Pero dínos qué es lo que quieres de nosotros.

BEZSEMÉNOV.— Quiero comprenderos, quiero saber qué clase de hombre eres.

PEDRO.—Te contestaré cuando acabe mis estudios; entonces lo comprenderás.

BEZSEMÉNOV.— Sí, estudios..., pero si tú no estudias nada; lo único que has aprendido es a odiar a todo el mundo y a no comportarte debidamente. Te han expulsado de la Universidad, claro, .crees que cometieron una injusticia, y te equivocas. Un estudiante es solamente un estudiante, y todavía es pronto para que intente arreglar la vida de los demás. Si llega el día en que un muchacho de veinte años pueda dictar leyes todo se irá al diablo y la gente de paz no podrá vivir en el mundo. Debes aprender, ser maestro en tu oficio, entonces podrás discutir y todos te escucharán con respeto. Pero hasta entonces, todos tienen derecho a decirte «¡Cállate!» Esto te lo digo sinceramente, sin enfadarme, porque eres mi

hijo. A Nil no le digo nada porque no es mi verdadero hijo, le adopté, y al crecer lo veo cada día más ajeno a mí; estoy viendo que se convertirá en un holgazán, en un actor o algo parecido. Quizá sea un socialista, pero no me importa demasiado.

AQUILINA IVANOVNA (*asomándose a la puerta, dice tímidamente*).— Padre, ¿no es hora ya de comer?

BEZSEMÉNOV (*severamente*).— ¡Vete! No te metas en lo que no debes. (*Aquilina desaparece. Tatiana mira al padre con reproche y de nuevo empieza a pasear por la habitación.*) ¿Habéis visto? Vuestra madre siempre está inquieta, siempre está temiendo que os ofenda, pero yo no quiero ofender a nadie, el ofendido soy yo. Incluso en mi propia casa siempre tengo que ir con cuidado, con miedo, como si el suelo estuviera lleno de cristales. Todos mis amigos han dejado ya de visitarme. Dicen que son demasiado sencillos y que mis hijos, tan inteligentes, pueden burlarse de ellos. Y esto ha ocurrido varias veces. Yo me sentía avergonzado, me ruborizaba, y por esto dejaron de venir. Me he quedado solo porque vosotros no queréis hablar conmigo; ni una palabra de cariño, no me decís qué pensáis, qué queréis hacer..., soy un extraño para vosotros. Y yo os quiero..., si, os quiero, pero ¿es que conocéis el significado de esta palabra? Te han expulsado y esto me duele. Tatiana se está convirtiendo en una solterona, y lo siento también e incluso me da vergüenza. Tatiana no es peor que las demás que se casan, y a ti hubiera querido verte un hombre hecho y no un estudiante. Mira, el hijo de Nazarov ha terminado la carrera, se ha casado con una chica que tenía buena dote, y ahora gana dos mil rublos al año: pronto será concejal.

PEDRO.— Espera, padre, yo también me casaré.

BEZSEMÉNOV.— Ya lo sé, ya lo veo, pero ¿con quién?
Con una mujer frívola, y viuda, además.

PEDRO.— No tienes derecho a hablar así.

BEZSEMÉNOV.— ¿Y por qué no?

TATIANA.— Papá, por favor. Pedro, cállate..., vete o cállate..., quizá no comprendo nada..., pero papá, cuando nos hablas siento que dices la verdad; pero tu verdad no es la nuestra y no la comprendemos. Nosotros tenemos otra verdad.

BEZSEMÉNOV (*levantándose rápidamente de la silla*).— ¡Mentira! No puede haber otra verdad. Sólo hay una. ¿Cuál es la vuestra? Dime.

PEDRO.— No grites, padre; tienes razón, nos dices la verdad, pero lo que dices nos suena a vacío. Ya hemos crecido, es una verdad pequeña como los vestidos que ya no nos entran. Y la verdad que tú has profesado, tu modo de ser y de vivir, a nosotros no nos sirve.

BEZSEMÉNOV.— Sí, sí, está claro, soy un imbécil, y vosotros sabios..., inteligentes...

TATIANA.— No es esto, papá.

BEZSEMÉNOV.— Sí, es precisamente esto; vosotros recibís a vuestros amigos. Todo el día e incluso de noche hacen ruido, no puedo dormir. Tú, Pedro, siempre detrás de nuestra realquilada, y Tatiana siempre de mal humor. Y nosotros, vuestra madre y yo, escondidos en un rincón.

AQUILINA (*irrumpiendo en la habitación*).— Queridos míos. Yo no me quejo, lo único que os suplico es que dejéis de discutir, os lo suplico.

BEZSEMÉNOV (*abrazándola*).— Vete, vete, vieja, no te necesitan, no nos necesitan, somos unos extraños..., ellos son inteligentes.

TATIANA.— ¡Qué martirio! (*Gime.*)

PEDRO (*pálido y desesperado*).— Padre, no comprendes que todo lo que ocurre no tiene importancia. Esto no

tiene sentido. No hay motivo...

BEZSEMÉNOV.— ¡Mientes! Sí que hay motivo, no viene de ahora, es de muchos años atrás; hace ya muchos años que lo llevo dentro, ¡que me duele el corazón!

AQUILINA.— Petia, deja... Tania, te lo suplico...

BEZSEMÉNOV.— ¿No hay motivo? El imbécil eres tú. Me asustas con tu idea de las dos verdades. Hemos vivido bien hasta que dejasteis de ser niños, y de repente: dos verdades. ¡Oh!, ¡salvajes!

TATIANA.— Pedro, vete. Padre, cálmate.

BEZSEMÉNOV.— No tenéis compasión de nosotros, hemos vivido, hemos trabajado, para tener una casa, para vosotros, si a veces hemos pecado ha sido por vuestro bien,

PEDRO (*aleando la voz*).— Yo no te lo he pedido.

AQUILINA.— ¡Pedro! ¡Por Dios!...

TATIANA.— ¡Pedro, vete! ¡Sal de aquí! ¡Oh, no puedo más...! Me voy. (*Se desploma sobre una silla.*)

BEZSEMÉNOV.— ¡Ah!, queréis huir, no os gusta oír la verdad, tenéis vergüenza.

NIL (*entra. Vuelve de su trabajo. Se detiene cerca de la puerta. Tiene la cara y el vestido sucios de humo y hollín, y las botas llenas de barro*).— Dame veinte *copecs* para pagar al cochero. (*Su inesperado, aparición y su voz tranquila calman a los presentes. Todos callan. Nil adivina lo que ha ocurrido y dice, con sonrisa triste:*)
¡Otra vez os habéis peleado!

BEZSEMÉNOV (*gritando*).—Tú, ateo, ¿dónde estás?

NIL.— Pues, aquí.

BEZSEMÉNOV.— ¡Quítate la gorra!

AQUILINA.— Te presentas todo sucio y...

NIL.— Sí, sí, pero dadme veinte *copecs*.

PEDRO.— Toma, ven aquí. (*Le da dinero.*)

NIL (*sonriendo*).— ¿Para defenderte?

BEZSEMÉNOV.— También éste..., no respeta a nadie.

AQUILINA (*imitando el tono de su marido*).— Es verdad.
¡Qué infame! Tania, ve a la cocina y dile a Stepanída que prepare la comida. (*Tania se va.*)

BEZSEMÉNOV (*sonriendo maliciosamente*).— ¿Y adónde enviarás a Pedro? ¡Qué tonta!, no soy una fiera, no les comeré, les hablo de mis sentimientos. ¿Por qué no quieres que les hable?

AQUILINA.— Sí, sí, cariño, ya lo sé. Pero somos viejos, déjales tranquilos, son buenos, ya recibirán bastante daño de los demás, no les trates así.

PEDRO.— Padre, cálmate, no vale la pena.

BEZSEMÉNOV.— Es que tengo miedo, vivimos en una época terrible, todo se derrumba, todo se estremece. Tengo miedo por ti, por nosotros. Si pasa algo, ¿quién nos socorrerá? Somos viejos, sólo tú puedes hacerlo. Fíjate en Nil, y también en Téterev. Debes apartarte de ellos. Son mala gente, no nos quieren.

PEDRO.— Tranquilízate, padre. No me pasará nada. Esperaré un poco y luego haré la solicitud.

AQUILINA.— Sí, hazlo pronto.

BEZSEMÉNOV.— Te creo, Pedro, cuando me hablas así. Confío en que tu vida transcurrirá bien, como la mía, pero a veces...

PEDRO.— Bueno, bueno, ¡no hablemos más! ¡Hemos hecho estas escenas tantas veces!

AQUILINA.— ¡Ah, queridos míos!

BEZSEMÉNOV.— Tatiana haría bien en dejar la escuela. Se cansa demasiado. PEDRO.— Sí, necesita descanso.

AQUILINA.— Es verdad, debería descansar.

NIL (*entra vestido con una blusa azul, pero todavía tiene la cara sucia*).— ¿Vamos a comer pronto? (*Pedro, al verle entrar, sale al recibidor.*)

BEZSEMÉNOV.— ¿No has podido lavarte la cara antes de preguntar por la comida?

NIL.— Me lavaré en seguida, no me cuesta nada; tengo un hambre de lobo, llovía, hacía viento..., la locomotora es vieja..., mala..., quisiera ver cómo mi jefe la conduciría con este tiempo.

BEZSEMÉNOV.— Cállate, siempre hablas de tus superiores con poco respeto, puedes pasarlo mal por esta razón.

NIL.— Pero ellos no.

BEZSEMÉNOV.— Hablo de ti.

NIL.— ¡Ah! ¡De mí!

BEZSEMÉNOV.— ¿Qué es esto? Tienes que escucharme con respeto.

NIL.— Ya te escucho.

BEZSEMÉNOV.— ¡Eres un insolente!

NIL.— ¿Desde cuándo?

BEZSEMÉNOV.— ¡No me hables en este tono!

NIL.— Empleo el mismo para todo el mundo.

AQUILINA.— ¡Ah, insolente! ¡Qué maneras son éstas!

BEZSEMÉNOV.— Cállate madre. (*Aquilina se va descontenta.*) Quiero hablarte en serio.

NIL.— Muy bien, pero después de comer.

BEZSEMÉNOV.— No. Ahora mismo.

NIL.— Mejor después. Tengo hambre, estoy cansado. Hazme este favor. Además, ¿qué vas a decirme? Me vas a reñir, y esto no me gusta; dime, francamente, que no me quieres y que haría mejor...

BEZSEMÉNOV.— ¡Ah! ¡Diablo! (*Se levanta rápidamente y sale cerrando la puerta tras sí, ruidosamente.*)

NIL (*solo*).— ¡Mejor es el diablo que tú!... (*Empieza a pasear canturreando. Entra Tatiana.*)

TATIANA.— No puedes ni imaginar lo que ha ocurrido.

NIL.— Sí que puedo. Habéis representado una escena de la comedia sin fin titulada: «Ni allí, ni allá».

TATIANA.— A ti no te importa, sabes quedarte al margen.

NIL.— Sí, además, pronto estaré lejos de todo esto, para siempre. Pediré que me trasladen a otra ciudad para trabajar en otra cosa. Ya estoy harto de conducir trenes de carga por las noches, preferiría que fueran de pasajeros, o rápidos..., me gusta la velocidad..., la gente. No es tan aburrido.

TATIANA.— Dices que te gusta la gente y siempre huyes de nosotros.

NIL.— Perdona, eso es verdad. A mí me gusta la animación, el trabajo, la gente alegre y sencilla. Y aquí no se vive, se pasa sólo cerca de la vida, siempre quejándose sin saber por qué, ni de qué.

TATIANA.— Tu no comprendes.

NIL.— No, no lo comprendo... Cuando uno está acostado sobre un lado y ve que no está cómodo, se vuelve del otro lado. Y vosotros, en cambio, en vez de cambiar de forma de vida no hacéis más que quejaros.

TATIANA.— Un filósofo dijo que la vida sólo parece sencilla a los tontos.

NIL.— Quizá vosotros sepáis más de la vida que yo, pero encuentro terriblemente aburrido vivir aquí; os quejáis de todo y de todos, creéis que vendrá alguien que os ayudará a seguir viviendo. Desengáñate, nadie os ayudará, y además no valdría la pena.

TATIANA.— Eres demasiado cruel, se te ha contagiado de Tétere que odia a todo el mundo.

NIL (*sonriendo*).— No odia a todo el mundo. Tétere es genial.

TATIANA.— ¿Genial?

NIL.— Sí, para algunos.

TATIANA.— Bromeas, me gusta hablar contigo; pero no como ahora..., cuando prestas más atención.

NIL.— ¿Atención? ¿A qué o a quién?

TATIANA.— A mí, por ejemplo.

NIL.— Mm..., sí... (*Ambos callan. Nil mira sus botas y Tatiana espera su respuesta*) Sí, a ti. (*Tatiana se acerca a él.*) A ti te respeto y te quiero mucho, pero no me gusta que seas maestra, no es para ti. Enseñar es algo muy importante, los niños son los hombres del futuro, hay que amarles y amar también la labor de enseñarles. Para hacer algo de provecho hay que amar el trabajo que se realiza. A mí, por ejemplo, me gusta forjar el hierro, golpearlo con el martillo, se te resiste, te quiere cegar..., pero al final una masa amorfa se convierte en lo que tú quieres...

TATIANA.— Para eso hay que ser fuerte.

NIL.—Y hábil.

TATIANA.— Escúchame, Nil, ¿no sientes lástima?

NIL.— ¿De quién?

ELENA (*entrando*).— ¿Habéis comido ya? ¿No? Entonces, vamos. He preparado un pastel estupendo. ¿Dónde está el fiscal?

NIL.— ¡Ya lo creo que voy! Comeré todo el pastel yo solo, estoy muerto de hambre; aquí me dan tan poco..., además se han enfadado conmigo.

ELENA.— ¿Qué dices?

NIL.— Nada, nada..., mejor que sigas hablándome del pastel. (*Tatiana se va.*)

ELENA.— Ah, sí, me enseñó a hacerlo un presidiario condenado por homicidio. Mi marido dejaba que me ayudara en la cocina, era pequeñito, delgadito...

NIL.— ¿Quién? ¿Tu marido?

ELENA.— ¡No! Medía un metro y...

NIL.— ¿Tan bajo era?

ELENA.— ¡Cállate! Y tenía los bigotes así..., largos. (*Hace un gesto con la mano para indicarlo.*)

NIL.— Es la primera vez que oigo decir que los méritos se miden por la longitud de los bigotes.

ELENA.— ¡Ay! ¡Lástima que no tuviera más méritos que sus bigotes!

NIL.— Si que es lástima, pero hálbame más del pastel.

ELENA.— ¡Ah, sí! Aquel presidiario era un cocinero que había matado a su esposa; me gustaba mucho...

NIL.— Sí, ahora lo comprendo.

ELENA.— ¡Cállate! No quiero hablar más contigo. (*Tatiana entra. Pedro entra también por otra puerta.*) Ah, el fiscal, te invito a comer mi pastel.

PEDRO.— Encantado.

NIL.— Papá le ha reñido hoy porque le ha faltado al respeto.

PEDRO.— Basta. Cállate.

NIL.— Me extraña que vayas sin su permiso.

PEDRO (*mirando hacia la puerta de los viejos*).— Bueno, vamos.

TATIANA.— Yo también iré en seguida... (*Todos se marchan menos Tatiana, porque en este momento Aquilina Ivanovna la llama desde la puerta de los viejos.*)

AQUILINA.— ¡Tania!

TATIANA.— ¿Qué hay?

AQUILINA (*desde la puerta*).— Ven. (*En voz baja.*) Pedro ha ido otra vez al cuarto de ésa...

TATIANA.— Sí, yo también voy a ir ahora.

AQUILINA.— ¡Desgraciado! Le perderá, esa cualquiera. ¡Lo presiento! Hubieras hecho bien en prevenirle, no es mujer para él, no tiene dinero, únicamente la pensión de su difunto marido.

TATIANA.— No hablemos más de esto mamá. Elena no le hace ningún caso.

AQUILINA.— Lo hace adrede, es muy astuta. Pero está vigilándole continuamente, como gata al pájaro.

TATIANA.— ¡Y a mí qué! Háblale tú misma. Ya estoy harta de este asunto.

AQUILINA.— No te digo que le hables ahora, ahora deberías descansar.

TATIANA (*casi gritando*).— ¡No tengo tiempo de descansar! ¡Estoy cansada para toda mi vida! ¡Cansada de vosotros! (*Sale por la puerta del recibidor. Aquilina se queda en la puerta con la boca abierta.*)

BEZSEMÉNOV (*aparece también en la puerta*).— ¿Otra vez peleas?

AQUILINA.— No, no es nada.

BEZSEMÉNOV.— ¿Te ha reñido ella?

AQUILINA.— No, no, nada de eso, le pregunté si quería comer y me dijo que no.

BEZSEMÉNOV.— Veo que mientes, madre.

AQUILINA.— Te juro...

BEZSEMÉNOV.— Siempre me mientes cuando se trata de ellos, no puedes evitarlo. (*Aquilina permanece cabizba-*

ja. *Él acaricia su barba, luego suspira y dice:*) Dándoles educación nos hemos alejado de ellos; mal hecho...

AQUILINA (*tímidamente*).— No hables así, ahora la gente sin instrucción es igual que ellos...

BEZSEMÉNOV.— No hay que dar a los hijos más de lo que tienen los padres. Pero lo peor es que no veo en ellos nada especial, carácter. No tienen nada propio, individual. Son personas sin rostro... Nil, por ejemplo, es insolente, grosero, pero tiene personalidad..., tiene algo... Es un hombre peligroso, pero se le puede comprender. A mí, por ejemplo, cuando era joven, me gustaba cantar en la iglesia, me gustaba recoger setas... Y a Pedro, ¿qué es lo que le gusta?

AQUILINA.— Ha ido otra vez al cuarto de la realquilada.

BEZSEMÉNOV.— Pues ya verá..., yo la... (*Entra Tétere, soñoliento y más sombrío que nunca. Lleva una botella de vodka y una copita.*) ¡Ah! Terencio, otra vez te has permitido...

TÉTEREV.— Ayer, después de las vísperas.

BEZSEMÉNOV.— Y eso, ¿por qué?

TÉTEREV.— Así, porque sí... ¿Vamos a comer pronto?

AQUILINA.— Sí, voy a preparar la mesa en seguida. (*Empieza a prepararla.*)

BEZSEMÉNOV.— Qué lástima, Terencio. Eres un hombre inteligente, pero te pierdes la bebida.

TÉTEREV.— ¡Mentira! Me pierdo mi fuerza..., el exceso de energía...

BEZSEMÉNOV.— Nunca tenemos exceso de energía.

TÉTEREV.— ¡Otra mentira! Ahora la fuerza no sirve para nada, hace falta astucia, destreza. ¡Mira! (*Enseña el puño.*) Con esto puedo convertir esta mesa en astillas, pero no me sirve de nada, mi fuerza sirve sólo para cortar le-

ña, o quizá me serviría en el circo, pero no me sirve para escribir, para esto tenía que haber estudiado... y me expulsaron del seminario.

BEZSEMÉNOV.— Por esto eres un inútil, si hubieras querido...

TÉTEREV.— Pero es que no quiero, prefiero emborracharme y morir antes que trabajar para ti o para otros como tú. ¿Acaso crees que podrías hablarme como lo haces ahora, tú, pequeño burgués, si no estuviera borracho? (*Entra Polia, y al ver a Tétereve quiere marcharse. Tétereve le sonríe.*) Entra, entra, no temas, no te diré nada malo, ya lo sé todo.

POLIA (*algo turbada*).— ¿Qué sabes?

AQUILINA.— Polia, ve a la cocina y di a Stepanída que traiga la sopa.

BEZSEMÉNOV.— Sí, ya es hora. (*A Tétereve.*) Me gusta oírte discutir, sobre todo cuando hablas de ti mismo. Al mirarte uno tiene miedo, pero al oírte hablar se nota tu carácter débil. (*Se ríe.*)

TÉTEREV.— También tú me gustas, porque eres bastante inteligente y bastante tonto, bastante bueno y bastante malo..., honrado y ladrón, atrevido y cobarde a la vez, como un buen pequeño burgués, porque eres la encarnación de la trivialidad, y representas la fuerza que vence incluso a los héroes; vives y triunfas. ¡Vamos a brindar antes de la comida! ¡Mi querido topo!

BEZSEMÉNOV.— Brindaremos cuando traigan el vino, pero ¿por qué me insultas? Sin motivo... Si sigues insultando a todo el mundo no te escuchará nadie. NIL (*entrando*).— ¿Ha venido Polia?

TÉTEREV (*sonriendo*).— Sí, ha venido.

AQUILINA.— ¿Para qué la quieres?

NIL (*a Tétereve*).— ¡Eh!, ¡eh! Veo que estás otra vez...

TÉTEREV.— Es mejor beber vodka que sangre humana, y más ahora que es de tan mala calidad; es raro encontrarla buena, la habéis bebido toda vosotros. (*Entran Stepanída y Polia con la sopera y platos.*)

NIL (*acercándose a Polia*).— ¿Me contestarás algo?

POLIA (*a media voz*).— No ahora..., delante de todos...

NIL.— No importa, ¿por qué tenemos que temerles?

BEZSEMÉNOV.— ¿Qué decís?

NIL.— Digo que ni ella ni yo debemos temeros.

AQUILINA.— No lo comprendo.

TÉTEREV (*sonriendo*).— Yo sí que comprendo. (*Luego toma una copita de vodka.*)

BEZSEMÉNOV.— ¿Pero de qué se trata, Polia?

POLIA (*turbada*).— De nada...

NIL (*sentándose a la mesa*).— Es un secreto.

BEZSEMÉNOV.— Si es un secreto, id a hablarlo a un rincón; esto es insoportable, siempre secretos..., conspiraciones. Os burláis de mí, te pregunto una cosa y ni me contestas.

AQUILINA.— Es verdad, Nil.

NIL.— Tú eres mi padre adoptivo, lo reconozco..., ¡pero no ha ocurrido nada para que me hagas una escena!

POLIA (*levantándose de la silla en que se había sentado hace un momento*).— Nil me dijo... ayer tarde..., me preguntó...

BEZSEMÉNOV.— ¿Qué? Dilo de una vez.

NIL (*tranquilamente*).— Le he preguntado si quería casarse conmigo. (*Bezseménov les mira extrañado sosteniendo la cuchara en el aire. Aquilina se queda boquiabierta. Tétereve parpadea. Polia permanece cabizbaja. Nil prosigue:*) Me dijo que hoy me contestaría, y eso es todo.

TÉTEREV.— Claro y sencillo.

BEZSEMÉNOV.— ¡Ah! Así es muy sencillo. (*Amargamente.*) Ahora está de moda, sencillamente.

AQUILINA.— ¡Pagano! ¡Atrevido! Debieras habernos consultado antes.

NIL.— Ya veo que he hecho mal en contarlo.

BEZSEMÉNOV.— Cállate, madre; no somos nadie..., cállate y come como yo. Es mejor callar... Aunque te diré, Nil, si así es cómo agradeces el pan que has comido en mi casa...

NIL.— Lo he agradecido con mi trabajo y seguiré haciéndolo como hasta ahora, pero no estoy dispuesto a someterme a vuestra voluntad. Me quisisteis casar con la tonta de Sedova, porque tenía diez mil rublos de dote, pero yo quiero a Polia; hace ya mucho tiempo que la quiero. No lo he ocultado nunca... y no podéis reprocharme nada.

BEZSEMÉNOV (*conteniéndose*).— Está bien, muy bien... Pues cástate..., no te lo impediremos, pero ¿con qué medios contáis para vivir? ¿Tenéis dinero? ¿También es eso un secreto?

NIL.— No..., me trasladan a otra ciudad; allí también tendré trabajo. Y tú seguirás recibiendo tus treinta rublos al mes.

BEZSEMÉNOV.— Ya veremos, prometer es fácil.

NIL.— Puedo hacerlo por escrito.

TÉTEREV.— ¡Pequeño burgués! ¡Pídelo, pídelo!

BEZSEMÉNOV.— No te metas en lo que no te importa.

AQUILINA.— ¡Vaya un consejero!

TÉTEREV.— Sí hombre. ¿Es que te da vergüenza?... ¿no te atreves? Pídelo por escrito.

BEZSEMÉNOV.— Claro que puedo aceptar ese dinero.

Desde que tenía diez años hasta ahora que tiene veintisiete le he dado de comer, le he vestido..., sí.

NIL.— Será mejor que arreglemos cuentas después y no ahora.

BEZSEMÉNOV.— Lo haremos después. (*De repente se enfurece.*) Pero ten presente, Nil, que desde ahora nuestra amistad ha terminado. ¡No te perdonaré esta ofensa!

NIL.— Parecía imposible que yo pudiera ofenderle. ¿Con quién esperabas que me casara?

BEZSEMÉNOV (*gritando*).— ¡Ah! ¿Te burlas de mí? ¡Ya verás! ¡Te acordarás! Casarte secretamente..., sin mi permiso... Y tú... tan tímida, tan obediente..., no dices nada. Sabes que yo puedo...

NIL (*levantándose de la silla*).— Tú no puedes nada. No grites... Yo también he trabajado por vosotros... Tenéis muchas cosas gracias a mi dinero; también yo soy, en parte, dueño de esta casa. El dueño es quien trabaja... (*Mientras Nil habla, Polia sale. En la puerta tropieza con Pedro y Tatiana. Pedro no entra, y Tatiana se queda en la puerta.*)

BEZSEMÉNOV (*indignado*).— ¿Cómo? ¿Tú, dueño de esta casa? ¡Tú..., tú!

AQUILINA.—Vámonos, cariño..., hazme el favor..., vámonos... Y tú, Nil (*llorando*), espera... lo pasarás mal.

NIL.— Sí, lo repito, el dueño es quien trabaja. Acuérdate de eso...

AQUILINA (*cogiendo al viejo del brazo*).—Vamos, viejo... Vamos, no vale la pena.

BEZSEMÉNOV.— Bueno... (*Cediendo a Aquilina.*) Muy bien. ¡Quédate aquí... dueño! Ya lo veremos. (*Se va. Nil pasea nervioso por la habitación. Se oye la música de un organillo en la calle.*)

NIL.— ¡Qué tonto he sido al preguntárselo aquí! Siempre

me ocurre lo mismo..., no puedo guardar nunca ningún secreto...

TÉTEREV.— Nada, hombre, nada. Ha sido muy divertido; lo he mirado y escuchado con interés. Cálmate..., tienes dotes para eso..., puedes desempeñar un papel de héroe. Y ahora necesitamos héroes, créeme; en la época en que vivimos la gente debe dividirse en tres clases, tontos, héroes y ladrones..., es decir, inteligentes...

NIL.— Sí, pero Polia ha pasado un mal rato, quizá la he asustado, aunque no es tímida..., pero se ha sentido ofendida... (*Tatiana que estaba entre la puerta, al oír el nombre de Polia hace un ademán nervioso. Ya no se oye el organillo.*)

TÉTEREV.— Es lo mejor dividir a la gente en clases. Los ladrones están en mayoría. Tienen inteligencia..., respetan únicamente la fuerza; no la fuerza física..., no la mía, por ejemplo, sino la fuerza de la astucia: la inteligencia de las fieras...

NIL (*sin escucharle*).— Ahora tendremos que apresurar la boda, pero lo haremos. Aunque todavía no me ha contestado, sé lo que me va a decir... ¡Qué buena es! ¡Ah!, cómo odio a ese viejo..., a esta casa..., y a la vida que llevan sus habitantes. Todos están deformados..., mutilados..., no comprenden que son ellos mismos quienes han estropeado sus vidas convirtiéndolas en un presidio... ¡Odio a la gente que estropea la vida! (*Tatiana se dirige al cofre que está en el rincón y se siente. Se ha encorvado y parece más pequeña y más mísera.*)

TÉTEREV.— La vida sólo la embellecen los tontos, pero son muy pocos; imaginan que pueden encontrar remedio para convertirla en un paraíso..., y otras tonterías por el estilo.

NIL (*pensativo*).— También yo soy capaz de hacer esa clase de tonterías..., pero ella es más prudente... Me quiere mucho, quiere vivir, y juntos viviremos bien. Los dos

somos valientes y lograremos lo que nos proponemos.

TÉTEREV (*continuando su discurso*).— El tonto es capaz de meditar durante toda su vida acerca de por qué el vidrio es transparente y un villano simplemente hace del vidrio una botella... (*Otra vez se escucha el organillo, pero más cerca, casi debajo de la ventana.*)

NIL.— Siempre hablas de las botellas...

TÉTEREV.— No, estoy hablando de tontos: un tonto se pregunta qué es el fuego, mientras que uno que no lo es simplemente se calienta para sentirse mejor...

NIL (*pensativo*).— Sí..., muy bien.

TÉTEREV.— Pero al fin y al cabo ambos son tontos... Uno lo es de una forma bonita y el otro mezquinamente; ambos van por distintos caminos, pero llegan al mismo sitio: a la tumba... AM es, amigo mío... (*Se ríe. Tatiana mueve la cabeza.*)

NIL.— ¿De qué te ríes?

TÉTEREV.— Los tontos que sobreviven se preguntan ¿dónde están los que son como yo? Y los segundos, los mezquinos, simplemente se apoderan de las herencias que les corresponden y siguen viviendo cómodamente. (*Ríe.*)

NIL.— ¡Veo que has bebido bastante...!, vete a dormir...

TÉTEREV.— ¿Adónde?

NIL.— No seas tonto..., si quieres te acompaño.

TÉTEREV.— Escúchame. Yo no pertenezco ni a unos ni a otros; yo soy yo mismo; soy una prueba material del crimen de la gente que ha estropeado la vida. Ahora no hay lugar para la gente buena..., los pequeños burgueses lo han estropeado todo..., pues bien, yo constituyo una prueba fehaciente de ese crimen que han cometido: ha llegado el momento en que un hombre bueno no sabe dónde ni para qué tiene que vivir...

NIL.— Bueno, bueno, vamos...

TÉTEREV.— Déjame..., ¿crees que no puedo andar solo? ¿Que me voy a caer?... Te equivocas..., he caído ya tan bajo que ya no puedo hacerlo más. Y hace ya mucho tiempo; he intentado levantarme, pero has venido tú, me has dado un empujón, aunque sin mala intención, y he caído otra vez... Déjame..., tú eres fuerte y sano y puedes ir adónde quieras. Te seguiré con la mirada...

NIL.— ¿Qué estás diciendo? Parece algo interesante, pero no acabo de comprenderte...

TÉTEREV.— Es mejor así..., no lo necesitas. Hay cosas que es mejor ignorar, porque es inútil comprenderlas.

NIL.— Está bien, me voy. (*Se marcha sin prestar atención a Tatiana que está sentada en el rincón.*)

TÉTEREV (*saludándole*).— ¡Adiós y buena suerte!

¡Ladrón! Me has robado mi última esperanza..., sin darte cuenta... ¡Vete al diablo! (*Se dirige a la mesa para coger la botella y ve a Tatiana.*) ¡Ah!... ¿Hay alguien ahí?

TATIANA.— Soy yo. (*El organillo enmudece.*)

TÉTEREV.— Eres tú..., creí que no había nadie.

TATIANA.— Soy yo.

TÉTEREV.— Ya veo..., pero..., ¿por qué precisamente tú... y aquí?

TATIANA.— Porque yo tampoco sé dónde ni para qué tengo que vivir. (*Tétere, lentamente, se acerca a ella.*) No sé por qué pero me siento terriblemente cansada... Estoy triste, muy triste...; tengo solamente veintiocho años..., y mi corazón está vacío..., ¿cómo he llegado a esta situación? No lo comprendo. Pero ¿por qué te cuento todo esto?

TÉTEREV.— He bebido..., demasiado..., no entiendo nada...

TATIANA.—Nadie quiere hablar conmigo..., hablar como yo quisiera. Esperaba que él lo hiciera..., nunca le había dicho nada..., esperaba que él me hablara primero, pero esta vida, la vida de esta casa llena de rencores, de mezquindades, escenas continuamente..., todo esto, me ha hundido. No tengo fuerzas para seguir viviendo; incluso me da miedo vivir. Acabo de comprenderlo ahora...

TÉTEREV (*se aparta de ella, se acerca a la puerta y abriéndola dice*).— ¡Maldita casa!... Nada más... (*Tatiana se dirige lentamente a su cuarto. Por unos momentos el escenario está vado. Luego entran rápidamente Polia y Nil. Se acercan a la ventana. Nil coge la mano de Polia y le dice.*)

NIL.— Debes perdonarme por lo ocurrido..., tan tontamente. Pero no sé callar...

POLIA (*en voz baja*).—Pero ¿qué importa ahora?...

NIL.— Lo sé. Tú me quieres..., lo veo y no necesito preguntártelo.

POLIA.— Sí, sí, te quiero..., desde hace mucho tiempo. (*Tatiana escucha desde detrás de las cortinas de la puerta.*)

NIL.— ¡Verás que bien viviremos! Eres una buena compañera; no te asustan las privaciones... Venceremos todas las dificultades...

POLIA.— Contigo al lado no temo nada..., e incluso sola. Soy humilde, pero valiente.

NIL.—V además testaruda. No te doblegas fácilmente. Sabía que tendríamos que pasar un mal rato, pero estoy contento.

POLIA.—Yo también lo sabía.

NIL.— ¿Sí?... Muy bien, entonces. Seremos felices...

POLIA.— Sí, amor mío..., eres muy bueno.

NIL.— Creo que sí lo soy.

POLIA.— Pero basta ya. Tengo que marchar; además puede venir alguien. NIL.— ¡Qué importa ahora!

POLIA.— ¡Bésame..., bésame otra vez! (*Se abrazan. Luego Folia corre hacia la salida sin ver a Tatiana. Nil la sigue, pero al ver a Tatiana, se detiene ante ella, indignado. Ella le mira, sonriendo amargamente.*)

NIL.— Lo has escuchado..., ¡espíándonos! (*Se va rápidamente. Tatiana se queda como petrificada. Al salir, Nil deja la puerta abierta y se oye la voz del viejo: «Stepanída, ¿quien ha tirado el carbón por el suelo? ¿No lo ves?... ¡Recógelo! »*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO III

La misma habitación. La acción transcurre por la mañana. Stepanída está quitando el polvo de las sillas con un trapo.

AQUILINA (*limpiando los vasos y tazas*).— La carne que tenemos hoy tiene poca grasa; pon en la sopa la que quedó del asado de ayer.

STEPANÍDA.— Muy bien.

AQUILINA.— Cuando vayas a asar la carne, no pongas demasiado aceite; compramos hace poco y casi no queda nada...

STEPANÍDA.— Porque lo hemos gastado.

AQUILINA.— Porque lo has gastado..., para tu pelo..., bueno, vamos a dejarlo. Oye, ¿a dónde te ha mandado Tatiana esta mañana?

STEPANÍDA.— A la farmacia, a comprar amoníaco, doce *copecs*.

AQUILINA (*suspirando*).— Pobrecita..., siempre le duele la cabeza...

STEPANÍDA.— Debería casarse; no estaría siempre enferma...

AQUILINA.— No es tan fácil en los tiempos en que vivimos. T más difícil todavía siendo una persona instruida.

STEPANÍDA.— Si tuviera una buena dote... (*Pedro se asoma por la puerta y desaparece.*)

AQUILINA.— No me dará la alegría de casarse..., no quiere...

STEPANÍDA.—A su edad..., sí que debe tener ganas...

AQUILINA.— ¿Quién estaba ayer con la realquilada de arriba?

STEPANÍDA.— ¡Ah! Vino a visitarla aquel maestro de escuela, el pelirrojo.

AQUILINA.— ¿Aquel a quien se le marchó la mujer de casa?

STEPANÍDA.— Sí..., y además aquel delgado... funcionario, recaudador de impuestos.

AQUILINA.— ¡Ah! Sí..., aquel, casado con la sobrina del comerciante Pimenov..., tísico...

STEPANÍDA.— Se ve que está enfermo...

AQUILINA.— ¿Y el cantor?

STEPANÍDA.— También él, con Pedro. Cantó toda la noche. Rugía como un toro hasta las dos de la noche...

AQUILINA.— ¿A qué hora volvió Pedro?

STEPANÍDA.— Ya amanecía cuando le abrí la puerta. (*Entra Pedro.*)

PEDRO.— Stepanída, acaba de una vez y márchate.

STEPANÍDA.— Sí, ahora mismo...; ya me voy...

PEDRO.— No hables tanto y vete. (*Stepanída se va, gruñendo.*) Mamá, te he pedido varias veces que no hables tanto con ella; no está bien que hables tanto con una criada; preguntándole tantas cosas. Eso no está bien.

AQUILINA (*ofendida*).— ¿Qué quieres, entonces? ¿Que te pregunte a ti? ¿Con quién me permites hablar? Tú no te dignas conversar con nosotros, no hablas nunca ni conmigo ni con tu padre; déjame al menos hablar con la criada.

PEDRO.— Pero es que no comprendes que una criada no es la persona con quien puedes hablar de cosas íntimas.

Además, ¿qué puede decirte ella? Cotilleos solamente...

AQUILINA.— ¿Y qué oigo de ti? Hace más de seis meses que estás con nosotros y no has hablado conmigo ni una sola vez, no me has contado nada de nada: de tu vida en Moscú, o de como...

PEDRO.— Pero mamá...

AQUILINA.—Y si hablas es sólo para ofendernos: no te gusta la forma en que vivimos, me tratas como si fuera una niña, quieres enseñar o te burlas... (*Pedro hace un ademán de impaciencia y sale rápidamente. Aquilina, amargada, le sigue con la mirada.*) ¡Así es cómo habla con su madre! (*Se seca las lágrimas con el delantal.*)

PERCHIJIN (*entra, vestido con una chaqueta raída de la que casi cuelgan jirones. Va ceñido con una cuerda y lleva un gorro de piel viejo y sucio*).— ¿Qué te pasa? ¿Otra vez te ha ofendido Pedro? Ha salido tan de prisa que ni siquiera ha saludado... ¿Está aquí Polia?

AQUILINA.— Está en la cocina cortando la col... (*Suspira.*)

PERCHIJIN.— Los pájaros tienen mejores costumbres. Cuando las crías se cubren de plumas se van del nido; ya no necesitan a sus padres. ¿No queda por aquí un poco de té para mí?

AQUILINA.— Se ve que tú también tratas a tus crías como los pájaros...

PERCHIJIN.— Naturalmente. Es lo mejor. Al menos no les estorbo..., como no estorbo a nadie. Como si viviera del aire...

AQUILINA.— Por esto tampoco nadie te respeta. Aquí hay un poco de té, pero está frío...

PERCHIJIN.— Gracias. Y si no me respetas y nadie lo hace, no me importa, porque tampoco yo respeto a nadie.

AQUILINA.— Ni nadie necesita de tu respeto.

PERCHIJIN.— Está bien. Ya veo que la gente que vive y come lo que produce la tierra se quitan el pan de la boca unos a otros..., pero yo me gano el pan vendiendo pájaros, es decir, lo recibo del aire. Es un trabajo limpio.

AQUILINA.— ¿Y cuándo es la boda?

PERCHIJIN.— ¿De quién? ¿Mía?... Aún no ha aparecido la golondrina que se casará conmigo...; me parece que me moriré antes de que llegue.

AQUILINA.— No digas tonterías. Te pregunto cuándo se casa tu hija.

PERCHIJIN.— ¿Mi hija? Cuando tenga ganas y cuando encuentre a alguien que quiera casarse con ella.

AQUILINA.— ¿Hace mucho que dura esto entre ellos?

PERCHIJIN.— ¿Qué dices?

AQUILINA.— No te hagas el tonto, viejo...

PERCHIJIN.— No te enfades, dime de qué se trata.

AQUILINA.— No tengo ganas de hablar contigo.

PERCHIJIN.— Entonces, ¿por qué has empezado?

AQUILINA.— Te pregunto: ¿Cuándo vas a casar a Pelagia con Nil?

PERCHIJIN.— ¿Qué? ¿Con quién? ¿Con Nil?

AQUILINA.— ¿Es que no te ha hablado de eso Polia? Vaya hijas. Incluso a su padre no le cuentan nada...

PERCHIJIN.— ¡Estás de broma! ¿Con Nil? ¡Ah! ¡Diablo! Y yo sin saber nada. ¡Qué lista ha sido! Yo que creía que Nil se casaría con Tatiana...; siempre me había parecido que entre él y Tatiana había algo...

AQUILINA.— ¿Y quién crees que le hubiera permitido casarse con ese canalla?

PERCHIJIN.— ¡No digas eso! Si diez hijas tuviera, todas se las daría a Nil, con los ojos cerrados, sin pensarlo ni un

momento. Nil vale mucho. Es capaz de trabajar por diez. ¡Ya lo creo que es capaz!

AQUILINA.— ¡Vaya suegro va a tener!

PERCHIJIN.— ¿Por qué lo dices? ¡No les estorbaré! Ahora viviré feliz... a mi manera..., ni siquiera me verán, ¡estaré siempre en el bosque! Siempre estaba preocupado pensando en cómo viviría Polia. Tenía vergüenza de no poder hacer nada por ella. ¡Ahora me sentiré libre, incluso podré cazar un pájaro de fuego!

AQUILINA.— No te creo... ¡no te separarás de ellos!

PERCHIJIN.— Eso lo dices tú, pero mi felicidad consiste en cazar pájaros. ¡Qué alegría! ¡Qué buena noticia me has dado; hasta tengo ganas de bailar y cantar! (*Baila, cantando.*)

BEZSEMÉNOV (*entra vestido con un abrigo. Se quita el gorro*).— ¡Otra vez borracho!

PERCHIJIN.— ¡De alegría! ¿Es que no has oído que Polia... (*ríe*) se casa con Nil?... ¡Qué bien!...

BEZSEMÉNOV (*sombrío*).— No es asunto nuestro.

PERCHIJIN.— ¡Y yo que creía que Nil se casaría con Tatiana!

BEZSEMÉNOV.— ¡¿Qué?!

PERCHIJIN.— Sí... Parecía que Tatiana estaba bien dispuesta... le miraba de una forma...

BEZSEMÉNOV (*fríamente*).— Pues te diré, querido..., aunque eres tonto de remate, deberías comprender que las miradas no significan gran cosa... Además (*siempre elevando más la voz*) no me importa cómo se haya comportado tu hija, ni a quién y cómo miraba, pero si quiere casarse con Nil... allá ella. Lo merece, ninguno de los dos vale nada. Y aunque he hecho mucho por los dos, les escupo a la cara... (*Escupe.*) Además, ¿quién eres tú? Aunque seas lejano pariente mío, no eres más que

un vagabundo, un desgraciado..., ¿cómo te atreves a entrar en mi casa vestido así, de esta forma?

PERCHIJIN.— ¡Hombre! ¡Basilio Basilevich, no seas así! No es la primera vez que me ves así...

BEZSEMÉNOV.— No he contado las veces... pero creo que venir a mi casa vestido de esta manera es faltarme al respeto. Porque eres un mendigo..., ¡fuera de aquí!

PERCHIJIN (*sorprendido*).— ¡Hombre, no te pongas así! ¿Por qué?...

BEZSEMÉNOV (*gritando*).— ¡Fuera! ¡En seguida, fuera!

PERCHIJIN.— ¿Qué te pasa, viejo?...

BEZSEMÉNOV.— ¡Fuera! Y si no...

PERCHIJIN (*s... va diciendo con reproche*).— ¡Ah!, viejo, no esperaba eso de ti..., adiós entonces.

BEZSEMÉNOV (*taciturno empieza a pasear con pasos lentos y pesados por la habitación. Aquilina lava los platos mirando a su marido. Le tiemblan las manos y susurra algo*).— ¿Qué estás rezongando, vieja?

AQUILINA.— Estoy rezando.

BEZSEMÉNOV.— Me parece que no me van a elegir como alcalde.

AQUILINA.— ¿Y por qué no? (*Entra Elena.*)

BEZSEMÉNOV (*secamente*).— ¡Ah!, es usted..., ¿ocurre algo?

ELENA.— Le traigo el dinero..., del alquiler de la habitación...

BEZSEMÉNOV.— Esto está bien. (*Se vuelve amable.*) ¿Cuánto hay aquí? Veinticinco rublos; pero tiene que darme más... Por dos cristales rotos de la ventana: cuarenta copecs, y por el carbón...

AQUILINA.— Treinta copecs...

ELENA (*sonriendo*).— Es usted muy preciso. Tome tres rublos, no tengo calderilla.

BEZSEMÉNOV.— Esto de que soy preciso está muy bien dicho... El sol sale y se pone exactamente cuando debe. Y si hay orden en el cielo también debe haberlo en la tierra, pero usted también es precisa..., siempre me paga a su debido tiempo.

ELENA.— No me gustan las deudas.

BEZSEMÉNOV.— Eso está muy bien...

ELENA.— Tengo que marcharme. Adiós. (*Se va. Bezsemé-
nov mira cómo sale.*)

BEZSEMÉNOV.— Es buena persona; aunque con mucho gusto la pondría de patitas en la calle.

AQUILINA.— Eso estaría muy bien.

BEZSEMÉNOV.— Sí..., pero mientras viva aquí podemos vigilar... y si se va, Pedro irá a su casa y a ella le será más fácil cazarle... Además, hay que tener en cuenta que nos paga siempre puntualmente y por todo lo que se rompe... Claro que es peligrosa... para Pedro.

AQUILINA.— Pero quizá no tenga intención de casarse con ella.

BEZSEMÉNOV.— Ojalá fuera así. Sería más práctico que ir a buscar fuera... (*De la habitación de Tatiana se oye un gemido sordo.*)

AQUILINA.— ¿Qué es esto?

BEZSEMÉNOV.— Sí, yo también lo he oído.

AQUILINA.— Me pareció oír algo en el recibidor.

BEZSEMÉNOV.— A lo mejor es un gato...

AQUILINA (*en voz baja*).— Quería decirte...

BEZSEMÉNOV.— ¿Qué?

AQUILINA.— Me parece que has tratado demasiado seve-

ramente a ese Perchijin. Es un hombre inofensivo, no hace mal a nadie.

BEZSEMÉNOV.— Si es inofensivo, no se ofenderá. T si se ha ofendido..., no perderemos nada. Pero ¿qué es esto? (*Se oyen gemidos más fuertes.*)

AQUILINA.— No lo sé. (*Se muestra inquieta.*)

BEZSEMÉNOV.— Voy a ver dónde está Pedro... ¡Pedro...! ¡Pedro!... (*Aquilina le sigue. Se oye la voz de Tatiana.*)

TATIANA.— ¡Socorro! ¡Mamá! ¡Socorro! (*Bezseménov y Aquilina salen del cuarto de Pedro y se precipitan al cuarto de Tatiana.*) ¡Oh! ¡Cómo me duele... me quema... agua, agua!... ¡Salvadme!

AQUILINA (*sale corriendo de la habitación de Tatiana, abre la puerta del recibidor y grita*).— ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Socorro! (*En la habitación de Tatiana se oye la voz de Bezseménov: «¡Oh, hija mía! ¿Qué has hecho?» La voz de Tatiana: «Agua, agua... me muero.»*) ¡Todos aquí! ¡Socorro! (*La voz de Bezseménov: «¡Al médico! ¡Llamad a un médico, pronto!»*)

PEDRO (*entra corriendo*).— ¿Qué pasa?

AQUILINA (*cogiéndole por un brazo*).— Tatiana... Tatiana... se muere...

PEDRO (*apartándola violentamente*).— Déjame, déjame...

TÉTEREV (*entra poniéndose la chaqueta*).— ¿Qué pasa? ¿Fuego?

BEZSEMÉNOV (*entrando*).— Un médico. Llamad a un médico... Toma veinticinco rublos, pero corre.

PEDRO (*saliendo del cuarto de Tatiana*).— Sí, un médico, pronto..., ¡dile que una mujer se ha envenenado con amoníaco! ¡Pronto, pronto! (*Téterez sale corriendo.*)

AQUILINA.— ¡Oh, Dios mío! (*Va al cuarto de Tatiana.*)

La voz de Tatiana: «Petia me quema... quiero vivir... agua.»

La voz de Pedro: «¿Cuánto has tomado? ¡Dímelo, en seguida!» La voz de Bezseménov: «¡Oh, hija mía!»

La voz de Pedro: «¡Dejadnos, mamá! ¡Stepanída! Traedla aquí.»

(Elena entra corriendo en el cuarto de Tatiana. Entra también una mujer de la calle que se detiene en la puerta mirando.)

ELENA (*saliendo de la habitación de Tatiana cogida del brazo de Aquilina*). — Cállese..., no es nada..., no hay peligro.

AQUILINA (*chillando*).— ¡Oh, Dios mío!... ¡Oh, mi hijita querida! ¡Qué has hecho!... ¡Qué has hecho!...

ELENA.— Esto no será nada... pronto llegará el médico. ¡Ay, qué desgracia!

LA MUJER DE LA CALLE (*cogiendo a Aquilina del otro brazo*).— Cállese..., ocurre cada cosa... El caballo del comerciante Sitonov le ha dado una coz al cochero...

AQUILINA (*sigue chillando*).— ¡Oh, qué haremos ahora! ¡Oh, mi hijita..., mi única hija! (*La conducen fuera.*)

(De la habitación de Tatiana se oyen sus gemidos entremezclados con las palabras del padre y de Pedro. Se oye el ruido de algo que cae. Stepanída entra y sale corriendo, se precipita al armario, saca unos platos, deja caer otros y desaparece otra vez. Desde el recibidor se asoman algunas caras, pero no entra nadie. Entra corriendo un muchacho —pintor de brocha gorda—, se precipita dentro del cuarto de Tatiana, pero sale en seguida diciendo: «Se muere.» En la calle empieza a tocar el organillo y se calla. Alguien dice: «La mató su padre..., le dio un golpe un la cabeza...» Otra voz: «No, es mentira, ella misma se ha degollado.» Una voz de mujer pregunta: «¿Estaba casada?»)

LA MUJER DE LA CALLE (*saliendo del cuarto de los viejos se acerca a la mesa y esconde un panecillo; luego se*

acerca a la puerta del recibidor y dice).— Silencio... Está a punto de morir... (Una voz masculina de los que están detrás de la puerta: «¿Cómo se llama?»)

LA MUJER DE LA CALLE.— Elisabet. *(Una voz de mujer: «¿Por qué lo ha hecho?»)*

LA MUJER DE LA CALLE.— Un mes atrás su padre le dijo: Elisabet... *(Apartando a la gente que está en la puerta, entran el médico y Tétere. El médico sin quitarse el abrigo ni el sombrero se dirige rápidamente a la habitación de Tatiana. Tétere no entra y se queda cerca de la puerta, muy sombrío. Desde el cuarto de Tatiana se oyen voces y los gemidos de Tatiana. Desde la habitación de los viejos llegan los chillidos de Aquilina: «¿Dejadme entrar! ¡Quiero verla!»)*

TÉTEREV *(acercándose a la puerta del recibidor grita a la multitud que está allí).— ¿Qué hacéis aquí? ¡Fuera!*

MUJER DE LA CALLE *(que está cerca de la puerta).— ¡Váyanse! ¡No tenéis nada que hacer aquí!*

TÉTEREV.—Y tú, ¿qué haces aquí? ¡Vete! ¡Fuera!

MUJER DE LA CALLE.—Yo les vendo las verduras..., legumbres...

TÉTEREV.—Pero ¿por qué estás aquí ahora?

MUJER DE LA CALLE.—Yo pasaba cerca y de repente he oído gritos... Creí que había fuego...

TÉTEREV.—¿Y qué?

MUJER DE LA CALLE.—Pues entré... para ver...

TÉTEREV.—¡Fuera de aquí! ¡Fuera todos!

STEPANÍDA *(saliendo de la habitación de Tatiana).— ¡Agua, un cubo de agua! ¡Pronto! (Por la puerta del recibidor asoma un viejecito con la cara atada con un pañuelo y dice: «Ay, buen señor, aquella mujer ha robado un panecillo.»)*

TÉTEREV (*se precipita al recibidor empujando a los que quieren entrar*).— ¡Al diablo todos! ¡Fuera de aquí! (*Se oyen gritos de protesta. Alguien ríe. La voz de un muchacho: «Ay, ay.» La voz de Tétere: «¡Al diablo, fuera!»*)

PEDRO (*asomándose a la puerta de Tatiana*).— ¡A callar! ¿Qué es esto? ¡A callar! (*Luego, dirigiéndose al padre que está en la habitación de Tatiana, dice:*) Padre..., ve a ver a mamá... (*Volviéndose a la puerta del recibidor.*) ¡No dejéis entrar a nadie! (*Bezseménov entra desde la habitación de Tatiana, tambaleándose, y se deja caer en la silla que está cerca de la mesa; después se levanta y se dirige lentamente a su cuarto, donde está Aquilina. De allí se oye su voz chillona: «¡Ah! ¡Y yo que la quería tanto! ¡La cuidaba tanto!...»*)

La voz de Elena: «Cálmese, querida...» La voz de Aquilina: «¡Ah, padre! ¡Querido!» Bezseménov al entrar cierra la puerta y dejan de oírse los chillidos de Aquilina. El escenario queda vacío, pero por ambos lados se oyen voces: de la habitación de los viejos y de la de Tatiana, más sordos y apagados, seguidos de gemidos y lamentos de Tatiana. Aparece Tétere con un cubo de agua, lo pone en la puerta y quedamente golpea. Stepanída abre, coge el cubo y luego entra en escena secándose la cara con un pañuelo.)

TÉTEREV.— ¿Cómo va?

STEPANÍDA.— No sé..., parece que está mejor...

TÉTEREV.— ¿Lo dice el médico?

STEPANÍDA.— ¡Ah! Qué sé yo... El médico ha prohibido entrar al padre y a la madre... (*Hace un ademán desesperado.*)

TÉTEREV.— ¿Pero se ve si está mejor o no...?

STEPANÍDA.— Se ha calmado, ya no gime..., pero tiene la cara verde..., los ojos muy abiertos..., no se mueve...

¡Ah!, ya les decía yo que tenía que casarse, no me hacían caso... No es bueno estar tanto tiempo soltera... Además, no creía en Dios, no rezaba nunca. Ta ven lo que ha pasado...

TÉTEREV.— ¡Cállate, mujer!

ELENA (*entrando*).— ¿Cómo está?

TÉTEREV.— No lo sé... El médico dijo que no era grave...

ELENA.— Los viejos están desesperados, dan lástima. (*Tétere se encoge de hombros.*)

STEPANÍDA (*precipitándose hacia la cocina*).— ¡Dios mío! ¡Me he olvidado de la cocina!

ELENA.— ¡Pobre Tatiana! Pero ¿por qué lo habrá hecho? Debe sufrir mucho, debe dolerle mucho...

TÉTEREV.— No sé..., no he bebido nunca amoníaco.

ELENA.— No comprendo cómo puedes bromear...

TÉTEREV.— No bromeo.

ELENA (*se acerca a la puerta de la habitación de Pedro y mira dentro*).— ¿Y Petia..., Pedro Basilievich está allí..., con ella?

TÉTEREV.— Si no ha salido debe de estar todavía allí...

ELENA (*pensativa*).— Imagino lo que debe estar sufriendo. Cuando veo..., cuando tengo que presenciar algo semejante... odio la desgracia...

TÉTEREV (*sonriendo*).— Esto te honra...

ELENA.— La desgracia... es algo horrible... la hubiera destrozado para siempre...

TÉTEREV.— ¿A quién? ¿A la desgracia?

ELENA.— Sí..., no la temo, la odio... ¡o-d-i-o! Quiero vivir alegremente; quiero ver a todo el mundo feliz, y hacer todo lo posible para que los que estén cerca de mí se sientan alegres y felices.

TÉTEREV.— De acuerdo...

ELENA.— Lo confieso..., soy perversa, cruel, porque no lo hago por los demás sino por mí. No me gusta ver a la gente desgraciada; incluso la odio por eso. Sobre todo a las personas que siempre se sienten tristes. Aunque no tengan motivos, siempre continúan diciendo: «Ah, ¡qué desgraciado soy!, abandonado por todos... Ah, qué triste y aburrida es la vida.» Cuando veo a gente así, me entran ganas de hacerles todavía más desgraciados.

TÉTEREV.— Mi querida señora, también lo confieso... Aborrezco a las mujeres que filosofan, pero cuando te oigo hablar así tengo ganas de besar tus manos...

ELENA (*con picardía*).— ¿Solamente cuando hablo así? ¡Qué mala soy! Estoy bromeando cuando allí dentro sufren...

TÉTEREV (*señalando la puerta de los viejos*).— Y allí también, y en todas partes. Tienen todos la misma costumbre.

ELENA.— Hay que compadecerse de ellos.

TÉTEREV.— No siempre..., es mejor ayudar que sentir lástima.

ELENA.— Sí, pero no se puede ayudar a todo el mundo; además no se ayuda sin sentir antes compasión.

TÉTEREV.— Yo creo, señora, que los sufrimientos son consecuencia de nuestros deseos, pero hay deseos que merecen respeto y otros no. Solamente debemos ayudar a satisfacer los deseos que procuren salud, bienestar y, sobre todo, que ennoblezcan y nos eleven por encima de las bestias...

ELENA (*sin prestar atención a lo que dice Tétere*v).— ¡Si..., sí..., quizá! Tienes razón... Pero ¿qué ocurre allí? No se oye nada, quizá se ha dormido... Los viejos también están callados... ¡Qué extraño! Tanto ruido y, de pronto, silencio...

TÉTEREV.— Es la vida... Gritan, luego se cansan de gritar y se callan para volver a empezar después. Y todavía más en esta casa. Todas las emociones, sean de pena o alegría no duran mucho, como un golpe en un charco de barro..., pero el último sonido es siempre el grito de la mezquindad. Triunfante o exasperada, siempre se oye aquí su última palabra...

ELENA.— Cuando vivía en la prisión con mi marido, era más divertido. Mi marido era jugador... y bebía mucho... Iba a cazar con frecuencia. La ciudad era pequeña, los que vivían allí, todos gentes humildes. Yo tenía mucho tiempo libre y siempre estaba con los presos; me querían mucho... Te aseguro que eran muy simpáticos, a veces me parece increíble que fueran asesinos, ladrones o cosas peores... Cuando yo les preguntaba si era verdad que habían asesinado, me decían: Sí, Elena Nicolaevna, qué le vamos a hacer..., es verdad. Y a mí me parecía que aquel asesino había sido solamente un instrumento, como una piedra lanzada por una fuerza ajena. Yo les proporcionaba libros, cartas, tabaco... e incluso algo de vino... En las horas libres jugaban a la pelota..., como niños... A veces les leía algo cómico y se reían. Les compré jaulas con pájaros..., en cada celda había pájaros... los querían mucho, como a mí... Les gustaba verme bien vestida, de colores claros, alegres... (*Suspira.*) Sí, me sentía muy bien entre ellos... No me di cuenta de cómo transcurría el tiempo. Y pasaron tres años. Y cuando a mi marido le mató un caballo, lloré más por separarme de aquella gente, que por su muerte. Ellos también lo sintieron mucho. (*Mira a su alrededor.*) Aquí, en esta casa, en esta ciudad, me siento mucho peor; sobre todo en esta casa; hay aquí algo malo, molesto. No me refiero a la gente, sino a algo que no puedo definir. Ahora mismo, estoy triste. Estamos aquí, hablando, y allí, al lado, una persona está muriéndose...

TÉTEREV (*tranquilamente*).— Y no sentimos compasión de esa persona...

ELENA (*rápidamente*).— ¿No te da lástima?

TÉTEREV ¿Y a ti?

ELENA (*cabizbaja*).— Sí..., tienes razón... Comprendo que está muy mal, pero no lo siento. Si..., a veces ocurre que aunque comprendemos que está mal, no podemos evitarlo y no lo sentimos. Más lástima me da Pedro Basilievich..., veo que sufre...

TÉTEREV.—Aquí todos sufren...

POLIA (*entrando*).— Buenos días...

ELENA (*acercándose rápidamente a ella*).— Sch... Tania se ha envenenado.

POLIA.— ¿Qué dices? ¿Cómo ha sido?

ELENA.— Sí..., ahora están allí el médico y su hermano.

POLIA.— ¿Está grave? ¿Se morirá?

ELENA.—Aún no lo sabemos.

POLIA.— ¿Pero por qué lo ha hecho? ¿Dijo por qué?

ELENA.— No..., me parece que no ha dicho nada.

PEDRO (*asomándose con la cabeza despeinada*).— Elena Nicolaevna, un momento... (*Elena se dirige hacia allí rápidamente.*)

POLIA.— ¿Por qué me miras de ese modo?

TÉTEREV.— Siempre me preguntas lo mismo.

POLIA (*acercándose a él*).— ¿Crees que yo tengo la culpa... de esto?

TÉTEREV.— ¿Es que te sientes culpable?

POLIA.— Siento que no me gustas..., pero dejemos esto. Explícame qué ha ocurrido...

TÉTEREV.—Ayer le dieron un empujón. Y, como es débil, hoy se ha caído... Eso es todo.

POLIA.— No es verdad. TÉTEREV.— ¿Que no?

POLIA.— Comprendo a qué te referías..., pero no es verdad... Nil...

TÉTEREV.— ¡Ah! Nil..., ¿tiene que ver él algo en todo esto?

POLIA.—Ni él ni yo tenemos nada que ver..., pero yo..., tú..., sinceramente, yo le quiero y él también a mí. Hace ya mucho tiempo...

TÉTEREV (*seriamente*).— No te echo a ti la culpa. Eres tú misma quien lo hace. Y ahora quieres rehabilitarte ante el primero que encuentras. Yo te aprecio mucho. Siempre te decía: márchate de esta casa, aquí no estás bien.

POLIA.— ¿Y qué más?

TÉTEREV.— Nada... Solamente que si te hubieras marchado eso no hubiera ocurrido...

POLIA.— Pero ¿cómo ha sido? Todavía no me has dicho nada. ¿Cómo? ¿Con qué?

TÉTEREV.—No sé... (*Entran Pedro y el médico.*)

PEDRO.— Polia, haz el favor de ayudar a Elena Nicolaevna...

TÉTEREV (*a Pedro*).— ¿Cómo está?

EL MÉDICO.— No es nada, pero está demasiado nerviosa. Ha ingerido poco..., se ha quemado el estómago..., aunque no mucho.

PEDRO.— ¿Está cansado, doctor? Siéntese.

EL MÉDICO.— Gracias. Se restablecerá dentro de una semana. Hace poco tuve un caso interesante: un carpintero se bebió un vaso de barniz, creyendo que era té... (*Entra Bezseménov. Se detiene en la puerta y mira interrogativamente al médico.*)

PEDRO.—Cálmate, padre. No hay peligro.

EL MÉDICO.—Sí, no es nada. Dentro de unos días estará bien.

BEZSEMÉNOV.— ¿De veras?

EL MÉDICO.— Se lo aseguro.

BEZSEMÉNOV.— Gracias, doctor, gracias. Pedro, ven aquí... (*Pedro se acerca. El padre le da dinero.*)

TÉTEREV.— ¿Y qué le ocurrió al carpintero?

EL MÉDICO.— ¡Ah! ¡El carpintero! Nada, se restableció... Me parece que a usted le conozco. ¿Dónde le he visto antes?

TÉTEREV.— Puede ser.

EL MÉDICO.— Ah, sí..., usted estaba en el barracón de los enfermos de tifus.

TÉTEREV.— Sí.

EL MÉDICO.— ¡Ahora me acuerdo! Esta primavera..., me parece que ahora recuerdo su apellido...

TÉTEREV.— También yo le recuerdo.

EL MÉDICO.— ¿Sí?

TÉTEREV.— Al restablecerme le pedí que me aumentara la ración. Me puso usted mala cara, y dijo: «Conténtate con lo que te dan, no hacemos cumplidos con los borrachos y los vagabundos; hay tantos...»

EL MÉDICO (*algo confuso*).—Perdóneme..., soy médico..., Nicolás Troerukov...

TÉTEREV.— Y yo alcohólico por herencia y caballero de Baco..., Terencio. (*El médico retrocede un poco.*) No temas... no te haré nada... (*Se va. El médico le sigue con la mirada, abanicándose con el sombrero. Pedro se acerca a él.*) Entonces, adiós, me voy; me esperan. En caso de que se queje, denle otra vez las gotas; no creo que tenga mucho dolor. Este señor que se ha ido... ¿es algún pariente suyo?

PEDRO.—No, es un realquilado.

EL MÉDICO.—Sí..., es muy original. Adiós, pues... (*Pedro le paga.*) Muchas gracias... (*Se va, acompañado por Pedro hasta la puerta. Bezseménov y Aquilina Ivanovna salen de su habitación y se dirigen de puntillas al cuarto de Tatiana.*)

BEZSEMÉNOV.— Espera, no entres... no se oye nada. Quizás esté durmiendo... (*Lleva a Aquilina hacia el cofre que está en el rincón.*) Sí..., ya ves adónde hemos llegado. Ahora no podremos evitar las murmuraciones de toda la ciudad...

AQUILINA.— ¿Qué dices?... No te da vergüenza. Qué nos importa lo que digan, aunque toquen las campanas. ¡Que ella se cure, eso es lo que importa!

BEZSEMÉNOV.—Ya lo sé, ¿pero no comprendes que esto constituye un oprobio para nosotros?

AQUILINA.— ¡Qué va! ¡Qué oprobio!

BEZSEMÉNOV.— Claro que lo es el que nuestra hija haya querido suicidarse. ¿Qué hemos hecho para que se comporte de ese modo? No la hemos ofendido, pero hablarán mal de nosotros... ¡Ah, estos hijos! ¡Vete tú a saber lo que tienen en la cabeza!

AQUILINA.— Te comprendo. A mí también me duele... soy madre... Tanto como me he sacrificado por ellos..., pero que estén vivos..., lo demás...

POLIA (*saliendo del cuarto de Tatiana*).— Duerme. No hagáis ruido...

BEZSEMÉNOV.— ¿Cómo está? Quisiera verla...

AQUILINA.—Voy a entrar. Tendré mucho cuidado.

POLIA.— El médico ha dicho que no entrara nadie.

BEZSEMÉNOV.— ¿Qué sabes tú? No estabas cuando el médico la visitó.

POLIA.— Me lo dijo Elena Nicolaevna.

BEZSEMÉNOV.— ¿Está ella allí? ¿Y los padres no pueden entrar? ¡Qué extraño!

AQUILINA.— Comeremos en la cocina. ¡Ah, querida mía! Ni siquiera nos permiten verte. (*Hace un ademán desesperado y sale. Polia está apoyada en él armario mirando la puerta de Tatiana. Frunce las cejas, cierra los labios. Bezseménov está sentado a la mesa como en espera de algo.*)

POLIA.— ¿No ha venido mi padre?

BEZSEMÉNOV.— No te interesa tu padre; ya sé yo por quién preguntas... (*Polia le mira sorprendida.*) Sí, ha estado aquí... sudo, harapiento, pero debes respetarle.

POLIA.— Le respeto. ¿Por qué dice usted eso?

BEZSEMÉNOV.— Para que comprendas. Aunque tu padre sea un vagabundo, un perdido, tú debes respetarle y obedecerle; pero vosotros, hijos, no comprendéis nada. No comprendes lo que significa «Padre». Por ejemplo, tú eres una muchacha pobre: hubieras debido ser amable, humilde... ¿Y qué haces? Te gusta discutir imitando a las personas instruidas.

POLIA.— No comprendo por qué me dice usted todo eso...

BEZSEMÉNOV (*perdiendo visiblemente el hilo de sus ideas, empieza a excitarse*).— Pues debes comprenderlo; por ejemplo, ¿quién eres tú? Y, no obstante, te casas, mientras que nuestra hija... bueno, me callo..., vete a la cocina, ayuda en algo. (*Polia, mirándole sorprendida quiere marcharse.*) ¡No, espera! He reñido a tu padre...

POLIA.— ¿Por qué?

BEZSEMÉNOV.— No te importa. ¡Vete! (*Polia se va. Bezseménov se dirige a la puerta de la habitación de Tatiana, quiere entreabirla, pero de allí sale Elena y le aparta.*)

ELENA.—No la moleste. Está durmiendo...

BEZSEMÉNOV.—A nosotros nos molesta todo el mundo y cuando nosotros...

ELENA.— ¡Es que no comprende que está enferma!

BEZSEMÉNOV.— Lo sé..., lo comprendo... (*Se va al recibidor. Elena se encoge de hombros. Luego se sienta en el sofá, se coge la cabeza con las manos y permanece pensativa, luego sonríe y cierra los ojos. Pedro entra malhumorado. Ve a Elena y se detiene ante ella.*)

ELENA (*sin abrir los ojos*).— ¿Quién está ahí?

PEDRO.— ¿De qué te ríes? Me extraña que puedas sonreír ahora, cuando...

ELENA (*mirándole*).— Estás de mal humor. ¿Estás cansado? ¡Pobre! Me das lástima.

PEDRO (*coge una silla y se sienta a su lado*).—Yo también me doy lástima...

ELENA.— Tienes que marcharte de esta casa...

PEDRO.—Yo también lo pienso; no sé por qué estoy aquí... Estoy cansado de esta vida.

ELENA.— ¿Y cómo querrías vivir? Muchas veces lo he pensado, e incluso te lo he preguntado, pero tú nunca me has contestado... Dímelo con franqueza...

PEDRO.— Es difícil ser sincero.

ELENA.— ¿Conmigo?

PEDRO.— También contigo. ¿Es que crees que sé qué piensas de mí? ¿Cómo tomarías el que te dijera...? A veces me parece...

ELENA.— Que yo ¿qué?

PEDRO.— Que tú... tienes buena opinión de mí...

ELENA.— Sí, tengo buena opinión..., querido..., muchacho...

PEDRO.— No soy un muchacho. (*Animándose más.*) Me interesaría saber qué te parece lo que hacen Nil, Chíchkin, Zvetáeva, que hacen tanto ruido, que leen, organizan espectáculos para los obreros... ¿Crees que eso es necesario para vivir? ¿Qué es importante en la vida?

ELENA.— ¡Ah, querido! ¡Qué sé yo! No soy una persona instruida, no puedo comprenderles. Para mí constituyen personas alegres, simpáticas..., parecidas a mí. ¿Y por qué me lo preguntas?

PEDRO.— Es que a mí no me gusta todo esto. Si les gusta divertirse, que se diviertan..., pero ¡que me dejen en paz! Que no me molesten y que me dejen vivir como quiero. ¿Por qué me reprochan, diciendo que no sé vivir, que soy egoísta y cobarde?

ELENA (*acariciándole la cabeza*).— Pobre... ¡qué cansado estás!

PEDRO.—No estoy cansado; estoy irritado. ¿Es que no tengo derecho a vivir como quiero?

ELENA (*jugando con sus cabellos*).— Esa es otra cuestión muy complicada. Te diré solamente que yo vivo como puedo, hago lo que me gusta, pero si me obligan a vivir de otro modo, a ingresar, por ejemplo, en un convento, huiré... O si no me suicidaré.

PEDRO.—Pero tú estás siempre con ellos... y muy poco conmigo. A ti te gustan más ellos que yo. Pero a mí me parecen vacíos, como toneles...

ELENA.— ¿Cómo... cómo? ¿Qué dices?

PEDRO.— Hay una fábula.

ELENA.—Ah, sí. La conozco. Entonces yo también soy vacía...

PEDRO.— ¡Oh, no!... Tú estás llena de vida, tú puedes resucitar a cualquiera, como el agua cristalina de un riachuelo...

ELENA.— Entonces debo de ser fría...

PEDRO.— No te burles, te lo ruego... Y menos ahora, en este momento..., cuando te digo que estoy cansado de esta vida, que quiero vivir de otra manera.

ELENA.— ¿Y quién te lo impide?

PEDRO.— No lo sé..., ni qué ni quién... Parece que alguien me está diciendo que no debo...

ELENA.— ¿Tu conciencia?

PEDRO.— Claro que no. Pero ¿es que es un delito pretender vivir como uno quiere?

ELENA (*le acerca su rostro*).— Todo esto no se dice de este modo... Es mucho más sencillo y voy a ayudarte...

PEDRO.— Elena Nicolaevna..., me martirizas con tus bur-las. Eres muy cruel..., quiero explicarte solamente...

ELENA.— Otra vez..., no es así...

PEDRO.— Quiero decirte que esta vida que llevo no es para mí. Siento que es mezquina, fútil..., y no sé cómo cambiarla.

ELENA (*cogiendo la cabeza de Pedro con ambas manos*).— Pues voy a ayudarte. Yo iré diciéndolo y tú lo repetirás: «Yo te quiero»...

PEDRO.— Oh, sí, sí..., ¿pero no es una broma?

ELENA.— No. Hablo en serio. Hace mucho tiempo que te quiero y estoy decidida a casarme contigo. Quizás hago mal..., pero así lo quiero.

PEDRO.— ¡Oh, qué feliz me siento! ¡Oh, cómo te quiero!
(*Se oyen los gemidas de Tatiana. Pedro se levanta precipitadamente, mirando a su alrededor. Elena se levanta también, pero con calma.*) Es Tania... ¡Y nosotros aquí!...

ELENA.— No hemos hecho nada malo... (*Se oye la voz de Tatiana: «Tengo sed... ¡agua!»*) Voy en seguida. (*Se va,*

sonriendo a Pedro, que se queda turbado mirando por la ventana. Se abre la puerta del recibidor, y aparece Aquilina Ivanovna.)

AQUILINA.— Petia, Petia... ¿dónde estás?

PEDRO.— Aquí... AQUILINA.— A comer...

PEDRO.— No quiero...

ELENA (*entrando*).—Vamos a mi habitación. (*Aquilina la mira despreciativamente y sale.*)

PEDRO (*precipitándose hacia Elena*).— ¡Qué mal! Ella está enferma... y nosotros...

ELENA.—Vamos a mi cuarto. No hay nada malo en ello. Incluso en los teatros después de un drama se representa algo alegre... Y en la vida todavía es más necesario. (*Coge a Pedro por la mano y ambos se van. La voz de Tatiana:*

«Lena... Lena.» Polia entra corriendo)

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO IV

Atardece. La habitación está iluminada por una sola lámpara que está sobre la mesa. Polia está preparando la mesa para el té. Tatiana, todavía no restablecida, está acostada en el sofá que queda en la penumbra. A su lado, Zvetáeva está sentada en una silla.

TATIANA.— ¿Es que crees que no me gustaría vivir tan alegremente como tú? Quiero, pero no puedo; he nacido sin fe..., y he aprendido a analizar demasiado...

ZVETÁEVA.—Amiga mía, realmente analizas demasiado. No vale la pena ser inteligente e instruida, si sólo te sirve para profundizar en todo. Para vivir alegremente hay que tener fantasía, tener ilusiones (*Polia escucha con atención, sonriendo*), mirar siempre hacia adelante... el porvenir.

TATIANA.— ¿Y qué nos reserva el porvenir?

ZVETÁEVA.—Lo que quieras ver en él... Ilusiones... Hay que creer...

TATIANA.— ¿En qué?

ZVETÁEVA.— En la realización de tus sueños. Cuando miro a los ojos de mis alumnos, de los muchachos, siempre pienso en que, por ejemplo, éste irá a la Universidad y será médico, y aquél periodista... Te parecerá absurdo, pero me gusta fantasear...

TATIANA.— Bueno... Tus alumnos llegarán a ser algo, pero ¿y tú?... ¿Qué será de ti? Morirás...

ZVETÁEVA.— ¡Aún no! Quiero vivir mucho tiempo.

POLIA (*cariñosamente*).— ¡Qué buena eres!

ZVETÁEVA.— Sabes, Tania, no soy sentimental...; pero cuando pienso en cómo vivirá la generación futura, me siento alegre... como, si en mi corazón brillara el sol de otoño. Y en la lejanía diáfana todo se ve tan claro...

TATIANA.— ¡Cuentos de hadas! Admito que para vosotros, para ti, Chíchkin, Nil... todo lo que dices está bien, pero no para mí. Yo no puedo encontrar sentido a todo esto. Cuando miro a mi alrededor y veo, por ejemplo, esta pared..., esto sí que me parece una cosa real. Pero cuando me preguntan por algo y yo contesto «sí» o «no», inmediatamente acude la duda. ¿Tenía que haber dicho lo contrario?

ZVETÁEVA.— ¿Y qué? Piénsalo bien..., analízalo, y encontrarás que en este mismo desdoblamiento hay algo agradable.

TATIANA.— No sé si me convencerás, como a los demás, de que el porvenir nos traerá sorpresas. Pero a mí me dan lástima todos los que así lo creen, porque viven engañados. La vida ha sido, es y será siempre, como ahora, dura y desagradable.

ZVETÁEVA (*sonriendo*).— ¿Tú crees? Quizá no.

POLIA (*en voz baja*).—Claro que no.

TATIANA.— Has dicho algo.

POLIA.—He dicho que no... que no siempre será como ahora.

ZVETÁEVA.— ¡Bravo, bravo!

TATIANA.— Ahí tienes a una de estas desgraciadas, gracias a vosotros. Si le preguntas por qué cree que la vida en el futuro será mejor, ¿qué contestará?

POLIA (*acercándose*).— Contestaré que ahora no todos viven, es decir, que no todos disfrutaban de la vida porque solamente viven para conseguir un pedazo de pan; pero

cuando todos tengan lo suficiente para vivir, todos sin excepción, entonces...

CHÍCHKIN (*entra rápidamente*).— ¡Buenas tardes! (*A Polia.*) Buenas tardes, hija del rey Dunkan.

POLIA.— ¿De qué rey?

CHÍCHKIN.— Veo que no has leído a Heine, aunque hace más de dos meses que te presté el libro... ¡Buenas tardes, Tatiana Basilievna!

TATIANA.— No está para leer... Se casa.

CHÍCHKIN.— ¿Con quién?

ZVETÁEVA.— Con Nil.

CHÍCHKIN.— En este caso te felicito... Pero, en general, casarse, en los tiempos que vivimos, es una tontería. El matrimonio en las actuales condiciones...

TATIANA.— ¡Basta, basta! Ya te hemos oído. Nos has dicho tantas veces lo mismo...

CHÍCHKIN.— Si es así, me callo. Además, no tengo tiempo. (*A Zvetáeva.*) ¿Vienes conmigo? Está bien. ¿Y Pedro, no ha venido?

POLIA.— Está arriba.

CHÍCHKIN.— No, entonces no voy. Pero os ruego, a ti Polia o a Tatiana Basilievna, que le digáis que la clase que yo daba en casa de Rojzov, ya no la tengo...

ZVETÁEVA.— ¡Otra vez has perdido una clase! No tienes suerte...

TATIANA.— ¿Por qué?... ¿Os habéis peleado?

CHÍCHKIN.— No. Sé contenerme...

ZVETÁEVA.— ¿Entonces? Tú mismo le alababas mucho...

CHÍCHKIN.— Sí, alababa... ¡Que se vaya al diablo! Quizá sea mejor que muchos..., no es tonto... (*Animándose.*) ¡Es una bestia!

TATIANA.— Creo que ahora Pedro no podrá recomendar-te...

CHÍCHKIN.— Es probable que se disguste.

ZVETÁEVA.— Pero ¿qué es lo que ha ocurrido?

CHÍCHKIN.— ¡Imaginad que es antisemita!

TATIANA.— ¿Y qué te importa eso?

CHÍCHKIN.— ¡Ah, no! ¡Eso no está bien! ¡No es digno de un hombre inteligente! En líneas generales, ¡es un burgués!... Una criada suya solía ir a la escuela dominical... Él mismo me explicaba la utilidad de tales escuelas..., incluso me agradecía que yo fuera uno de los iniciadores de las mismas. Pues bien, no hace mucho, al regresar a casa un domingo, le abrió la puerta la niñera... «¿Dónde está la doncella?», preguntó. «Ha ido a la escuela...» Desde entonces le prohibió que siguiera asistiendo a las clases... ¿Qué decís a esto? (*Tatiana se encoge de hombros.*) Es extraño, pero Pedro siempre me proporciona clases en casa de gente así...

TATIANA.— Recuerdo lo bien que hablabas de aquel cajero...

CHÍCHKIN.— Sí..., naturalmente, era un viejecito simpático... ¡pero era numismático! Siempre me estaba hablando de monedas antiguas. Y no pude contenerme, y le dije: «¡Escúcheme, señor, todo lo que usted colecciona es una estupidez! Cualquier piedra del camino tiene más años que estas monedas.» Se enfadó, y me dijo: «¿Usted cree que yo he estado quince años coleccionando estupideces...?» Y al despedirme ni me pagó todo lo que me debía; se quedó cincuenta copecs..., probablemente para aumentar su colección. No vale la pena ni hablar de eso; pero debo confesar que tengo mal carácter. (*A Zvetáeva.*) Entonces, ¿qué? Vámonos, ya es hora...

ZVETÁEVA.— Vamos. Adiós, Tania. Mañana es domingo.

Vendré por la mañana.

TATIANA.—Gracias. Me siento como una planta trepadora. No tengo más ocupación que estorbar a la gente agarrándome a sus pies.

CHÍCHKIN.— ¡Qué ideas tienes!

ZVETÁEVA.— Me disgusta oírte hablar así...

TATIANA.—No..., espera... He llegado a una conclusión lógica: el que no cree en nada no debe vivir...

ZVETÁEVA.— Quizá tengas razón...

TATIANA.— Te burlas de mí... Y ni vale la pena.

ZVETÁEVA.— No, querida Tañía, dices eso porque aún estás enferma. Bueno, adiós, nos vamos. Te ruego que no pienses que somos malos y crueles...

TATIANA.— Adiós...

CHÍCHKIN (*a Polio*).— ¿Cuándo leerás el libro? ¡Ah!, sí..., me olvidaba..., vas a casarte... Adiós, pues. (*Sale detrás de Zvetáeva. Pausa.*)

POLIA.—Creo que pronto acabarán las vísperas. Voy a decir que preparen el té.

TATIANA.— No creo que los viejos lo tomen, pero haz lo que quieras. (*Pausa.*) Antes me molestaba el silencio y ahora me gusta...

POLIA.—Es hora de tomar la medicina.

TATIANA.—Aún no... Los últimos días ha habido aquí mucho ruido... Este Chíchkin siempre hace mucho alboroto...

POLIA.— Es buena, persona.

TATIANA.—Sí, pero es tonto.

POLIA.—Es atrevido; si ve alguna injusticia no puede contenerse. Cuando supo lo de la criada... ¿T a quién le importa lo que haga una sirvienta? Y el que se entera, se

calla...

TATIANA.—Dime... ¿No te da miedo casarte con Nil?

POLIA.— ¿Por qué debería tenerlo?

TATIANA.—Yo lo tendría... Te hablo así porque te quiero... Eres muy distinta a él; él ha leído mucho, es instruido..., quizá se aburra contigo. ¿Has pensado en eso?

POLIA.—No... Sé que me quiere...

TATIANA.— ¿Cómo puedes saberlo? (*Tétere* entra llevando el samovar.)

POLIA.— Muchas gracias. Voy por la leche. (*Se va.*)

TÉTEREV (*con cara de borracho*).—He encontrado a Stepanída en la cocina... «¡Ah!, lleva el samovar —me dice—, te daré pepinos.» Me ha seducido y naturalmente...

TATIANA.— ¿Has estado en la iglesia?

TÉTEREV.— No. Hoy no he ido... Tengo la cabeza... ¿Cómo estás?

TATIANA.— Bien, gracias. Me preguntan eso veinte veces al día. Estaría mejor si no hubiera tanto ruido. Es un va y ven continuo. Además, todos parecen malhumorados. Papá se ha enfadado con Nil, mamá está siempre suspirando... yo aquí, acostada... Y no comprendo el porqué de todo esto...

TÉTEREV.— No... yo lo encuentro divertido... Claro, estoy al margen de lo que ocurre en este mundo. Simplemente, vivo, pero tengo curiosidad de ver cómo viven los demás..., y esta casa es muy curiosa.

TATIANA.— Pero ¿qué es lo que encuentras interesante en esta casa?

TÉTEREV.— Que parece que los que viven aquí se preparan continuamente para vivir..., como los músicos en el teatro antes de levantarse el telón. Se escuchan algunas no-

tas y frases bonitas. Y es curioso pensar que tocarán todos a la vez, y qué es lo que tocarán...

TATIANA.—En el teatro sí..., porque llega el director de la orquesta, coge la batuta, y los músicos se ponen a tocar, bien o mal, una partitura, que también puede ser buena o mala, pero aquí, ¿qué es lo que podemos hacer todos?

TÉTEREV.— A veces algo fortísimo...

TATIANA.—No sé... ya veremos... (*Pausa. Tétereve enciende la pipa.*) ¿Por qué no fumas cigarrillos?

TÉTEREV.— La pipa es más cómoda. Soy un vagabundo, la mayor parte del año voy de un lado para otro; al llegar el invierno me marchó...

TATIANA.— ¿Adónde?

TÉTEREV.—No lo sé..., me es igual...

TATIANA.—Pero bebiendo tanto... Puedes helarte por el camino...

TÉTEREV.— Cuando viajo no me emborracho nunca..., y si me hielo andando, es mejor que morir pudriéndose en el mismo sitio...

TATIANA.— ¿Es una alusión?

TÉTEREV.— ¡Dios me libre!

TATIANA (*sonriendo*).— No me ofendo, tranquilízate. He perdido la sensación del dolor. Aquí todos saben que a mí no pueden ofenderme. Son como los ricos que no piensan en lo que siente un mendigo cuando ellos están comiendo manjares...

TÉTEREV.— ¿Por qué dices eso? No hay que humillarse, cada uno debe respetarse...

TATIANA.— Bueno..., dejémoslo... (*Pausa.*) Cuéntame algo de tu vida. Nunca me has hablado de ti...

TÉTEREV.— Es un tema de los menos interesantes.

TATIANA.—No, cuéntame. ¿Por qué llevas esta vida? Pareces inteligente..., ¿qué ocurrió en tu vida para que te convirtieras...?

TÉTEREV (*sonriendo*).— Es una historia demasiado larga para contarla en cuatro palabras; prefiero recitarla en versos: Iba caminando hacia el sol buscando la felicidad... Pero volví atrás descalzo y desnudo, pues buscándola perdí el vestido y la esperanza...

»Es demasiado elocuente y altisonante para ilustrar mi caso. Pero lo que sí puedo añadir es que en Rusia es más cómodo vivir siendo un borracho. Solamente los hombres atrevidos... (*Entran Pedro y Nil.*) ¡Ah, Nil!... ¿De dónde vienes?

NIL.— Del depósito^[2]. Y después de obtener una victoria sobre mi jefe...

PEDRO.— Seguramente perderás tu empleo pronto...

NIL.— Encontraré otro.

TATIANA (*a Pedro*).— ¿Sabes? Chíchkin ha perdido su clase; han discutido..., y no se atreve a decírtelo y me ha pedido a mí que lo hiciera.

PEDRO.— ¡Ah, diablo! Es indignante. En qué situación me coloca... Ya no podré recomendarle a ningún otro amigo...

NIL.—Antes de enfadarte deberías saber la causa...

PEDRO.—Ya la sé.

TATIANA.—No le gustó que Projoro fuera antisemita.

NIL.— ¡Qué bien!

PEDRO.—A ti te gusta, porque tú tampoco respetas las opiniones que no son las tuyas... ¡Sois unos salvajes!

NIL.—Espera, y tú, ¿respetas a un antisemita?

² Donde se guardan los vagones y locomotoras

PEDRO.— En todo caso considero que por esta razón no tengo derecho a agarrar a nadie por el cuello.

NIL.— Pero yo sí.

TÉTEREV (*mirándole maliciosamente*).— Pues a las manos. ¡Podéis empezar!

PEDRO (*a Nil*).— ¿Quién te ha dado derecho?...

NIL.— El derecho no se recibe, sino que se toma. Se conquista por la fuerza.

PEDRO.— Pero..., ¿qué es esto...?

TATIANA.— ¡Otra vez! ¡Qué aburrido!... ¡Qué insoportable!

PEDRO.— Perdona..., me callo. Pero Chíchkin me ha hecho una mala jugada...

TATIANA.— Porque es tonto...

NIL.— No, es buen muchacho... No espera a ser pisoteado, pisotea él primero. Constituye un mérito tener dignidad.

TATIANA.— Querrás decir, ser un chiquillo.

NIL.— Aunque sea así, me gusta.

PEDRO.— Porque eres como él, por eso siempre demuestras que no respetas a tu padre adoptivo.

NIL.— No tengo por qué ocultarlo.

TÉTEREV.— Amigo mío, la buena educación exige a veces la mentira.

NIL (*a Pedro*).— No podemos entendemos. Lo que dice tu padre siempre me asquea.

PEDRO.— También a mí, pero me contengo. En cambio tú siempre le excitas, y esto recae en nosotros: sobre mí y Tatiana.

TATIANA.— ¡Basta! ¡Basta! Es aburrido, insoportable. (*Nil la mira y se aleja.*)

PEDRO.— Te molesta que discutamos.

TATIANA.— Porque siempre discutís sobre lo mismo. (*Entra Polia con un pote de leche en la mano. Nil sonríe.*)

TÉTEREV.— ¿De qué ríes?

NIL.—Al recordar la pelea con mi jefe... ¡Es interesante..., la vida!

TÉTEREV (*cantando*).— ¡A...mén!

PEDRO (*encogiéndose de hombros*).— Sois ciegos, vosotros los optimistas. NIL.—No me importa; me gusta vivir así. (*Se pone a pasear.*)

TÉTEREV.— Es más divertido así.

PEDRO.— Me parecéis tan ridículos... Si sois realmente

NIL.—Si nosotros somos ridículos, no sé qué nombre habría que darte. Sé que estás enamorado, no es un secreto para nadie... Tendrías que estar alegre..., y estás de malhumor. (*Palia, contenta y con aire orgulloso, mira a todos. Tatiana se pone nerviosa mirando a Nil. Tétere sonriendo, está limpiando su pipa.*)

PEDRO.—Olvidas que todavía soy un estudiante..., y que además tengo que luchar con mis padres...

NIL (*burlonamente*).— ¡Oh!, es horrible. Entonces no tendrás más remedio que desistir huyendo al desierto... (*Polia sonríe.*)

TATIANA.—Estás de broma, Nil.

NIL.—No, Pedro, no; no hablo en broma. A pesar de todo la vida es muy interesante, ¡divertida! Conducir en las noches de otoño, los trenes bajo la lluvia, y en invierno, cuando nieva y hace frío, es muy pesado e incluso peligroso; pero hasta esto me gusta. Lo que no encuentro agradable es que unos imbéciles, ladrones, quieran imponerme su voluntad; pero la vida no consiste en dar importancia a irnos pocos: ellos desaparecerán como las

llagas en un cuerpo sano..., todo va cambiando, todo evoluciona...

PEDRO.—Ya he oído todo esto. Veremos cómo te responderá la vida...

NIL.— ¡La obligaré a que me responda como yo quiero! No le tengo miedo. Conozco mejor que tú la vida; sé que es dura, y cruel; sé que hay que cambiarla; sé que emplearé todas mis fuerzas en hacerlo..., y que encontraré la felicidad.

TÉTEREV (*sonriendo*).— ¡Esto es hablar! Es la verdadera filosofía. Todo lo demás son tonterías.

ELENA (*entrando, desde la puerta*).— ¿Qué es tanto ruido?...

NIL (*precipitándose hacia ella*).— ¡Ah, señora! ¡Tú sí que me darás la razón! Acabo de decir que vivir es un placer, ¿verdad o no?

POLIA.— Vivir es algo fantástico...

ELENA.— ¿Quién ha dicho que no?

PEDRO.— ¡Al diablo, todo esto! (*Tatiana, cansada, se cubre el rostro con las manos.*)

ELENA.— He venido para invitaros a mi habitación. Pero si estáis preparados para tomar el té aquí, me quedo con vosotros..., parece que estáis muy animados. (*A Téterev.*) Hasta tú, filósofo...

TÉTEREV.— También yo; pero me gusta divertirme en silencio, y aburrirme ruidosamente...

NIL.— Como todos los perros grandes e inteligentes...

ELENA.—No te he visto nunca ni alegre ni aburrido, siempre te veo filosofando. ¿Sabéis que me enseña la filosofía? Ayer me habló de la ley..., ¡ya he olvidado cómo se llama!

TÉTEREV.—De causas y consecuencias...

ELENA.— Me contó que esta ley tiene cuatro raíces... ¿Es así?

TÉTEREV.— Así es...

ELENA.— Me dijo que yo soy materia que ha adquirido forma de mujer a causa de aquella ley..., pero que esta forma no es eterna... Permanecerá algún tiempo en la tierra y luego desaparecerá... ¿Es así?

TÉTEREV.— Más o menos...

ELENA.— También sé ahora lo que es «a priori» y «a posteriori»..., pero no me acuerdo muy bien... Cuando sepa todo esto seré calva y sabia.

TÉTEREV.— Además, cuando se filosofa no se dicen mentiras..., sino que simplemente se inventa.

ELENA.— Eso no lo entiendo, pero es igual. ¿Cómo te encuentras Tania? (*Sin esperar la contestación.*) Petia... Pedro Basilievich... ¿Parece que no estás contento?

PEDRO.— Sí..., de mí mimo.

ELENA.— Me gustaría, divertirme... Qué lástima que hoy sea sábado y no hayan terminado todavía las vísperas... Ah, sí que han terminado. Aquí vienen los viejos. (*Entran los viejos.*)

BEZSEMÉNOV (*fríamente*).— Buenas noches a todos...

AQUILINA.— Buenas noches, señora..., pero hoy ya nos habíamos visto...

ELENA.— Sí, es verdad..., lo había olvidado... ¿Qué? ¿Hacía mucho calor en la iglesia?

BEZSEMÉNOV.— No vamos a la iglesia para fijamos en la temperatura...

ELENA.— Naturalmente..., quería preguntar si había mucha gente...

AQUILINA.— No la hemos contado.

POLIA.— ¿Tomarán té?

BEZSEMÉNOV.— Primero cenaremos. (A Aquilina.) Madre, ve a preparar algo. (Aquilina se va, Tatiana se sienta a la mesa ayudada por Elena. Nil se sienta donde estaba Tatiana. Pedro pasea por la habitación. Téterev se acerca al piano y desde allí mira a todos, sonriendo. Bezseménov se sienta en el rincón sobre el cofre.) ¡Cómo está la gente ahora! ¡Ladrones! Cuando salimos para ir a la iglesia he puesto una plancha de madera para no pisar el barro..., y al regresar ya no estaba..., la han robado. (Pausa.) La gente ha cambiado. Antes había menos ladrones. Eran de otra clase, eso sí; más serios, no estaban para esas tonterías... (Se oye tocar el organillo en la calle y alguien canta acompañado de acordeón.) ¿Oís cómo cantan? Y hoy es sábado... (La voz se va aproximando.) Probablemente son obreros..., han cobrado, han bebido, han gastado el dinero... y ahora gritan. (Nil mira por la ventana.) Dentro de un año, o dos, se convertirán en vagabundos..., y ladrones...

NIL.— Me parece reconocer a Perchijin...

BEZSEMÉNOV (levantándose).— Perchijin..., también es un perdido..., un inútil... (Se va.)

ELENA.— ¿Quizá sería más cómodo tomar el té en mi habitación?

NIL.— Me ha gustado lo que has dicho a los viejos.

ELENA.— No me tienen simpatía; es desagradable... No me explico por qué...

PEDRO.— Pero es buen hombre..., aunque un poco orgulloso...

NIL.— Y un poco avaro..., y algo rencoroso...

POLIA.— No está bien que hables así...

TATIANA.— Os propongo que hablemos de otras cosas. Papá puede volver en seguida. Estos últimos días procu-

ra estar amable con todo el mundo.

PEDRO.—Y le cuesta mucho.

TATIANA.— Pero debemos apreciar su actitud. Es viejo..., no es culpa suya haber nacido antes que nosotros. Y tiene otras ideas tan distintas... ¡Ah, cuánta crueldad hay en la gente! Qué implacables somos todos nosotros. Nos enseñan a amar al prójimo...

NIL.— Y los mismos que nos lo enseñan nos tratan... (*Elena ríe. Polia y Téterev sonrían. Pedro está a punto de decir algo y se acerca a Nil, pero entra Bezseménov y dice a Polia:*)

BEZSEMÉNOV.—Polia, tu padre está en la cocina; dile que puede venir..., cuando no esté borracho; pero díselo así..., amablemente. (*Polia y NIL se van. Bezseménov se sienta a la mesa.*) ¿Por qué os calláis? Veo que cuando entro... todos guardáis silencio.

TATIANA.— Tampoco hablábamos cuando estabas fuera...

BEZSEMÉNOV (*mirando furiosamente a Elena*).— ¿Y de qué os reáis?

PEDRO.— De nada... Nil decía...

BEZSEMÉNOV.— ¡Ah! Este Nil..., todo viene de él.

TATIANA.— ¿Papá, quieres té?

BEZSEMÉNOV.— Sí.

ELENA.— Espera, Tania, yo le serviré...

BEZSEMÉNOV.—No se moleste. Me lo dará mi hija...

PEDRO.—Pero Tania no se encuentra bien... Puede hacerlo Elena, creo yo...

BEZSEMÉNOV.— No pregunto tu parecer.

PEDRO.— Padre, no seas así...

TATIANA.— ¡Otra vez! Pedro, sé razonable.

ELENA (*sonriendo*).— Calma, calma, señores... (*La puerta se abre lentamente y entra Perchijin. Está un poco borracho.*)

PERCHIJIN.— Basili Basielievich... ya me tienes aquí... Te he seguido... y ahora estoy...

BEZSEMÉNOV.— Si estás aquí, siéntate y toma el té.

PERCHIJIN.— Gracias, no quiero. He venido sólo a charlar un poco.

BEZSEMÉNOV.— Tonterías..., ¿de qué puedes hablar tú?

PERCHIJIN.— Eso crees tú. (*Se ríe. Entra Nil y mira a Bezseménov severamente y se queda cerca del armario.*)
Hace cuatro días que quería venir y por fin aquí estoy...

BEZSEMÉNOV.— Bien... ¿Y qué?

PERCHIJIN.— Porque eres inteligente..., un hombre rico..., no he venido a verte a ti sino a tu conciencia...

PEDRO (*acercándose a Nil*).— ¿Por qué le has dejado entrar?... NIL.— ¡Qué importa!...

PEDRO.— ¡Ah, diablo! Siempre haces lo que no debes.

PERCHIJIN (*alzando la voz*).— Ya eres viejo..., hace mucho tiempo que te conozco...

BEZSEMÉNOV (*empezando a enfadarse*).— Pero ¿qué quieres? ¿Para qué has venido?

PERCHIJIN.— Para preguntarte..., por qué me echaste el otro día... ¿Por qué me echaste de tu casa?... Lo he pensado mucho y no acabo de comprenderlo. He venido..., como amigo..., porque te aprecio de verdad...

BEZSEMÉNOV.— Has venido con malas intenciones.

TATIANA.— Pedro, llama a Polia. (*Pedro se va.*)

PERCHIJIN.— Ah..., a Polia..., a mi querida hija..., a mi pajarito..., ¿es por ella por lo que me has echado de tu casa? ¿Porque ella le ha quitado Nil a Tatiana?

TATIANA.— ¡Qué tontería!..., ¡qué canallada!

BEZSEMÉNOV (*levantándose*).— Si sigues así, Perchijin...

ELENA (*a Nil*).— Sácale de aquí. Si no acabarán peleándose. NIL.—No, no quiero. No lo haré.

PERCHIJIN.— No, no creo que me echés otra vez... No hay porqué. Polia..., la quiero mucho, es una buena chica..., pero ha hecho mal..., desapruebo lo que ha hecho...

TATIANA.— Lena..., no puedo más... me voy. (*Elena la ayuda a levantarse y ambas se dirigen a la puerta. Al pasar cerca de Nil le dice:*) Sácale de aquí, por favor.

BEZSEMÉNOV.— ¡Perchijin! Si quieres estar aquí, cállate. Y si no, vete a casa... (*Entran Polia y Pedro.*)

PEDRO (*a Polia*).— Tranquilízate, no pasará nada.

POLIA.— Basili Basilievich, explíqueme por qué el otro día echó a mi padre de su casa... (*Bezseménov mira furiosamente a cada uno de los presentes.*)

PERCHIJIN (*amenazando a Polia con el dedo*).— ¡Cállate, hija! Tienes que comprender... Tatiana quiso suicidarse... ¿Por qué...? Basili Basilievich, quiero explicar el caso... haciendo honor a la verdad... para restablecer la paz entre vosotros... sencillamente..., a conciencia...

POLIA.— Pero padre...

PEDRO.— Polia..., Polia.

BEZSEMÉNOV.— Tú, Polia eres una insolente. Sí, insolente, como te lo digo...

PERCHIJIN.— ¿Insolente? ¿Ella? No...

BEZSEMÉNOV.— ¡Cállate!... ¿Quién es el dueño de esta casa? ¿Quién debe juzgar aquí? ¿Quién?

PERCHIJIN.—Yo juzgaré a todos..., a conciencia... Si alguien ha tomado lo que no le pertenece... debe devolverlo... ¡y en paz! Es muy sencillo... y lo justo...

PEDRO (*a Perchijin*).— Oye, tú, no digas tonterías. Vamos a mi habitación...

PERCHIJIN.— No me gustas, Pedro; tienes demasiada soberbia. ¿Qué sabes tú? Qué es canalización. Y nada más. Entonces, déjame hablar.

NIL (*a Pedro*).— ¡Déjale, hombre!

BEZSEMÉNOV (*a Nil*).— Y tú..., ¿por qué te metes en esto?

NIL.— Porque me interesa saber por qué han echado de aquí a Perchijin. ¿Qué es lo que ha hecho?

BEZSEMÉNOV.— ¿A mí me lo preguntas?

NIL.— Naturalmente. ¿Por qué no?... También tú eres un hombre como yo...

BEZSEMÉNOV (*rabioso*).— ¡No! ¡Tú eres una bestia! ¡Un salvaje!

PERCHIJIN.— ¡Señores! ¡Señores! Calma. Hay que hablar con calma..., con conciencia..., sinceramente...

BEZSEMÉNOV.— ¡Y tú eres una víbora! ¡Un mendigo!

NIL.— Pero ¿por qué hay que gritar...?

BEZSEMÉNOV.— ¿Qué? ¡Fuera de aquí! ¡Vete!... Te he dado de comer..., has comido aquí..., te han educado aquí... ¡Serpiente!

TATIANA (*desde la puerta de su habitación*).— ¡Papá! ¡Papá!

PEDRO (*a Nil*).— Ya lo has conseguido... y no tienes vergüenza...

POLIA (*en voz baja*).— No tiene derecho a gritarme; no soy su criada, pero tiene que explicarme por qué ha echado a mi padre de su casa. Quiero saberlo; tengo derecho...

NIL (*también con calma*).— También yo tengo derecho a saber... Cada uno tiene que responder de sus palabras y de sus actos.

BEZSEMÉNOV (*conteniéndose*).—Vete Nil... o cállate...
Eres mi hijo adoptivo, te he dado de comer, te he educado...

NIL.— Te pagaré todo lo que he comido...

BEZSEMÉNOV.— ¡Has comido mi alma! ¡Has comido mi corazón! ¡Asesino!

POLIA (*cogiendo la mano de Nil*).— ¡Vámonos de aquí!

BEZSEMÉNOV.— ¡Vete! Serpiente..., ¡has mordido a mi hija! ¡Maldita! Tú tienes la culpa de que ella...

PERCHIJIN.— Calma, calma, Basilio Basilievich...

TATIANA (*gritando desde la puerta*).— ¡No es verdad! ¡Pedro! ¡Díselo! (*Con un ademán de desesperación sale y se para en medio del escenario.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Terencio..., Nil..., Pedro! ¡Oh, Dios mío..., por qué todo esto! ¡Para qué!

(Todos se ponen nerviosos. Téterev, sonriendo, se levanta de la silla... Bezseménov retrocede hasta el rincón. Pedro se precipita hacia su hermana y la coge por el brazo, muy turbado.)

POLIA (*a Nil*).—Vámonos...

NIL.— Bien, vamos... (*A Bezseménov.*) Nos vamos, pero lamento mucho que el final haya resultado tan ruidoso...

BEZSEMÉNOV.— ¡Vete! ¡Vete!

NIL.— ¡Sí..., para no volver nunca más!

POLIA.— ¡Culparme de lo que ha hecho Tania! Acaso tengo la culpa de que... Es usted un sinvergüenza...

BEZSEMÉNOV (*con rabia*).— ¡Vete! NIL (*con calma*).— No grite...

PERCHIJIN.— Señores, calma..., calma.

POLIA.—Adiós. Vámonos, padre.

NIL (*a Perchijin*).— ¡Sí..., vamos!

PERCHIJIN.— No..., me quedo. Yo soy yo..., mi posición está clara..., muy clara.

TÉTEREV.— Pues venga conmigo...

POLIA.—Vamos, padre, antes de que te echen...

PERCHIJIN.— No..., no quiero..., yo lo comprendo todo...

PEDRO (*a Nil*).— ¡Pero marchaos de una vez! ¡Qué diablo!

NIL.—Bueno..., ya nos vamos hombre...

POLIA.— Sí. (*Se van.*)

BEZSEMÉNOV (*gritando*).— ¡No, no os marchéis, volved!

PEDRO.—Déjales, padre... ¡Basta ya!

TATIANA.— ¡Basta, basta! ¡Papá... querido!

BEZSEMÉNOV.— ¡Esperad..., esperad..., volved!

PERCHIJIN.—Bueno... ya se han ido... está bien...

BEZSEMÉNOV.— ¡Esperad..., esperad..., volved!

PERCHIJIN.— Bueno..., ya se han ido..., está bien...

BEZSEMÉNOV.— Quisiera decirles algo... como despedida: que son unos sinvergüenzas..., unos malvados... Les he dado comida..., les he educado, mantenido... (*A Perchijin.*) Y tú eres un viejo tonto..., ¿para qué has venido? ¿Qué quieres?

PEDRO.—Papá, basta. Déjalos.

PERCHIJIN.—No grites..., cálmate..., yo te aprecio, aunque sea tonto lo comprendo todo.

BEZSEMÉNOV (*sentándose en el diván*).— ¡He perdido la cabeza! ¿Y cómo ha ocurrido todo? ¿Por qué? Y así, de repente, me dijo que no volvería más... Sí, es fácil decirlo..., pero no puedo creerlo.

TÉTEREV (*a Perchijin*).— ¿Y tú qué haces aquí? ¿Para qué

has venido?

PERCHIJIN.— Para restablecer el orden... y la paz... Soy un hombre justo..., y se trata de mi hija... y ella debe... (*Se calla y luego:*) No, miento, no debe nada... soy un mal padre..., puede vivir como le dé la gana..., pero me da lástima Tania; me dais lástima todos vosotros..., porque sois todos unos desgraciados.

BEZSEMÉNOV.— ¡Cállate, hombre!

PEDRO.— Tania, ¿se ha ido Elena Nicolaevna?

ELENA (*desde la puerta de Tatiana*).—No, estoy aquí preparando la medicina para Tania...

BEZSEMÉNOV.— He perdido la cabeza..., ¿creéis que Nil se ha marchado para siempre? ¿No volverá? (*Entra Aquilina Ivanovna.*)

AQUILINA.— ¿Qué ha pasado?... Nil y Polia están en la cocina...

BEZSEMÉNOV.— ¿No se han ido?

AQUILINA.— No..., esperan a Perchijin... Polia está pálida, le tiemblan los labios; y Nil parece un perro rabioso... ¿Qué ha ocurrido?

BEZSEMÉNOV.— Entonces voy allí... (*Se levanta.*)

PEDRO.— No, no papá..., por favor...

TATIANA.— No vayas, padre...

BEZSEMÉNOV.— ¿Por qué?

AQUILINA.— Pero ¿qué pasa?

BEZSEMÉNOV.— Tú no comprendes... Nil quiere marcharse... para siempre.

PEDRO.— Pues que se marche. Mejor..., ¿para qué le necesitas? Quiere casarse y vivir en familia...

BEZSEMÉNOV.— ¿Es que no tiene aquí a su familia?

AQUILINA.— Déjale que se marche. No le necesitamos.
Tenemos a nuestros propios hijos. (*A Perchijin.*) Y tú...,
¿por qué estás aquí?

PERCHIJIN.— Yo soy yo..., no me necesitan...

BEZSEMÉNOV.— No..., no es eso... Si ha querido marcharse, está bien, que lo haga..., ¡pero de esta manera!
¡Con qué ojos me ha mirado!

TÉTEREV (*cogiendo a Perchijin por el brazo.*)—Vamos a tomar una copita... (*Se van.*)

BEZSEMÉNOV.— Yo sabía que tarde o temprano se marcharía..., pero no así.

AQUILINA.— Déjalo, qué nos importa...

ELENA (*saliendo del cuarto de Tatiana y dirigiéndose a Pedro.*) Vamos a mi cuarto...

TATIANA (*a Elena.*)—Yo también voy con vosotros...

ELENA.— Entonces vamos...

BEZSEMÉNOV.— ¿Adónde?

ELENA.— Les invito a ir a mi habitación.

BEZSEMÉNOV.— ¿A quién? ¿A Pedro?

ELENA.— Sí, y también a Tania...

BEZSEMÉNOV.— Pedro no tiene nada que hacer en su cuarto.

PEDRO.— Pero padre, no soy un niño, puedo ir adonde quiera.

BEZSEMÉNOV.— ¡No irás!

AQUILINA.— Pedro, debes obedecer...

ELENA (*indignada.*)— Pero Basili Basilevich...

BEZSEMÉNOV.— ¡Ah, no!... Eso no. Aunque seáis personas instruidas..., aunque hayáis perdido todo respeto...

TATIANA (*históricamente*).— ¡Papá! ¡Basta, basta!

BEZSEMÉNOV.— ¡Cállate! ¡Si no sabes vivir, cállate!
(*Elena se dirige a la puerta.*) ¿Adónde va?

PEDRO (*cogiéndola de la mano*).— Un momento..., tenemos que aclararlo de una vez... Es lo mejor...

BEZSEMÉNOV.—Primero tenéis que escucharme a mí.

(*Entran Perchijin, bastante bebido, y luego Téterev, algo menos. Ambos sonríen. Perchijin guiña un ojo señalando a Bezseménov y hace un ademán desesperado.*)

No comprendo la actitud de todos vosotros... y necesito comprenderla... No comprendo ese va y ven... Todos salen y entran..., sin dar explicación alguna... Por ejemplo tú, Pedro, ¿adónde y por qué quieres ir allí? Al fin y al cabo, ¿quién eres tú? Eres mi hijo..., por lo tanto debo saber, debo saber cómo te propones vivir. (*Aquilina empieza a sollozar. Pedro, Elena y Tatiana se acercan al viejo. Al oír las últimas palabras, Tatiana se aleja reuniéndose con la madre. Perchijin y Téterev forman grupo aparte, charlando y gesticulando animadamente.*) Tengo derecho a saberlo..., eres joven e inexperto..., mientras que yo he trabajado cerca de sesenta años, gastando mis fuerzas y mí salud... por vosotros...

PEDRO.— Ya he oído esto muchas veces...

BEZSEMÉNOV (*casi gritando*).— ¡Calla y escúchame!

AQUILINA.— ¡Ah, Pedro, Pedro...!

TATIANA.— Mamá, por favor, no te metas... (*Aquilina mueve tristemente la cabeza.*)

BEZSEMÉNOV (*prosiguiendo*).— Debes escuchar solamente, porque ¿qué puedes decirme?

PEDRO.— Papá, no me martirices, dime de una vez: ¿qué quieres de mí?

AQUILINA (*interviene súbitamente muy animada*).— Ah, también yo tengo derecho a hablar; también tengo corazón... también debo saber, hijo, qué te propones...

TATIANA.—Es insoportable; sólo faltabas tú, mamá, ahora empezaría a descuartizarnos.

AQUILINA.— Eso me dices... a mí, a tu madre.

BEZSEMÉNOV.— No te metas en eso, vieja, quédate ahí... Déjale hablar...

ELENA (*a Pedro*).— No puedo más..., me voy...

PEDRO.— Espera..., ahora vamos a aclararlo todo...

ELENA.— ¡Ah! ¡Esto es un manicomio!

TÉTEREV.— Elena Nicolaevna, mándales al diablo y vete.

BEZSEMÉNOV.— ¡Ahora tú..., tú..., también tú!

TATIANA.— Basta, Pedro..., vete...

PEDRO (*casi gritando*).— Pues oye, padre, ésta es mi novia.

(Silencio. Todos miran a Pedro. Aquilina da una palmada y asustada mira a su marido. Bezseménov se repliega en la silla bajando la cabeza como si hubiera recibido un porrazo. Tatiana, suspirando, se dirige hacía el piano con los brazos caídos.)

TÉTEREV.— Sí que ha escogido un buen momento...

PERCHIJIN.— Entonces todo está claro..., se ha terminado..., los pájaros pueden volar del nido adonde quieran...

ELENA (*sacando su mano de la de Pedro*).— No puedo más..., déjame...

PEDRO (*en voz baja*).— Ahora todo está explicado. Hemos terminado de una vez...

BEZSEMÉNOV (*inclinándose ante Pedro*).— Te agradezco, hijito..., la buena noticia...

AQUILINA.— ¡Ah, pobrecito! ¡Estás perdido! ¿Es que imaginas que será una buena compañera?

PERCHIJIN.— Claro que no..., él no vale nada...

BEZSEMÉNOV (*a Elena, altivamente*).— Muchas gracias, señora. Tenía que estudiar... ¿y ahora, qué? Yo lo presentía... (*Maliciosamente.*) Le felicito... (*Enfureciéndose.*) Le has cazado..., como una gata... ¡Maldita!... Pedro, ¡no te daré mi bendición!

ELENA.— ¡No tiene usted derecho a insultarme!

PEDRO.— Papá, estás loco.

ELENA.— ¡Pues sí, lo confieso..., le he cazado! Fui yo la primera en declarar mi amor, la primera en decir que quería casarme con él... Y fue porque quise sacarle de vuestras garras..., porque me daba lástima..., porque vosotros le martirizáis..., vuestro amor es su perdición..., no sois personas..., sois alimañas... No lo he hecho por mí, sino por él... ¡Oh!, ¡cómo os odio!

TATIANA.— ¡Lena..., Lena! PEDRO.— Vamos Elena...

ELENA.— Quizá no me case con él..., es muy probable que no..., pero estaré con él..., ¡no le dejaré aquí! Eso no, no le dejaré para que le torturéis más. Nos iremos..., y él no volverá nunca más.

TÉTEREV.— ¡Bravo, bravo, mujer!

AQUILINA.— ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¡Dios mío!

PEDRO (*empujando a Elena hacia la puerta*).— Vete..., vete... (*Pero Elena le coge por un brazo, le atrae y sale con él.*)

BEZSEMÉNOV (*desesperado mira a todos y luego gritando*).— ¡Ah, si es así! Llamad a la policía. (*Patalea.*) ¡Fuera de mi casa!

TATIANA.— Papá, cálmate...

PERCHIJIN (*extrañado*).— No comprendo. Debes alegrarte,

hombre...

TATIANA (*acercándose a su padre*).— Papá querido...

BEZSEMÉNOV.— ¿Y tú? ¿Aún no te vas? ¡Porque no tienes adónde ni con quién! Has dejado escapar... (*Tatiana se aparta y nuevamente va hacia el piano. Aquilina, desesperada, la sigue.*) PERCHIJIN.— Basili Basilevich..., no seas así..., piénsalo bien..., para qué necesita Pedro estudiar..., ya ha estudiado bastante... (*Bezseménov le mira fijamente y aprueba moviendo la cabeza.*) Tiene bastante dinero para vivir..., la mujer es guapa..., por qué tanto alboroto... (*Téterev se ríe.*)

AQUILINA (*chillando*).— ¡Oh, Dios mío! Todos nos han abandonado...

BEZSEMÉNOV (*volviendo la cabeza hacia ella*).— Cállate... Ya volverán..., no se atreverán. (*A Téterev.*) ¿De qué te ríes?... Tú..., diablo, serpiente..., mañana mismo márchate de mi casa... Todos sois unos canallas...

PERCHIJIN.— ¿Qué dices? ¡Basili Basilevich!...

BEZSEMÉNOV.— ¡Vete! ¡Pordiosero, vagabundo!

AQUILINA (*chillando*).— ¡Ah, mi querida Tañía!..., pobrecita..., estás enferma, ¡qué harás ahora!

BEZSEMÉNOV.—Y tú, Tatiana..., lo sabías todo. ¿Por qué no has dicho nada? ¿Por qué no me has prevenido? Todos contra mí... (*Cambiando de tono.*) ¿Qué te parece... la dejará?... ¡a una mujer perdida!, y pensar que mi hijo..., con esa..., ¡sinvergüenza! Desgraciados...

TATIANA.— Dejadme en paz. ¡Estoy a punto de odiar a todo el mundo!

AQUILINA.— Hijita mía..., desgraciada..., nos han martirizado a todos..., ¿y por qué? ¿Qué hemos hecho nosotros?

BEZSEMÉNOV.— Sí..., nos han martirizado..., pero ¿quién? Nil, ese malvado..., todo lo que ha ocurrido es

culpa suya... (*Acordándose de Téterev.*) Qué haces tú aquí..., mañana vete de mi casa...

PERCHIJIN.— Estás loco, viejo..., ¿qué culpa tiene él...?

TÉTEREV (*con calma*).— Cálmate..., todo se arreglará. Volverá tu hijo..., todo se olvidará...

BEZSEMÉNOV.— ¡Tú qué sabes!

TÉTEREV.— No irá muy lejos..., volverá, te lo digo. Y cuando tú mueras reconstruirá esta pocilga, cambiará los muebles de sitio y seguirá viviendo igual que has hecho tú...

PERCHIJIN.— Ves..., él te desea bien..., es muy inteligente...

TÉTEREV.— Sí, cambiará los muebles de sitio y estará convencido de que ha cumplido su misión en la vida, ante el mundo entero..., porque es igual que tú...

PERCHIJIN.— Como dos gotas de agua.

BEZSEMÉNOV.— Continúa, pero sin insultarme...

TÉTEREV.— Con el tiempo será tan tacaño como tú, orgulloso y cruel. (*Perchijin, extrañado, mira a Téterev, sin comprender si está consolando o insultando al viejo. Bezseménov tampoco lo entiende, pero escucha con interés.*) Y hasta será desgraciado como tú ahora..., la vida evoluciona, corre rápidamente..., y los que quedan atrás..., se quedan solos...

PERCHIJIN.— Ves..., entonces todo va bien..., como debe ser...

BEZSEMÉNOV.— Cállate.

TÉTEREV.— Y a tu hijo también le dirán como yo te digo a ti..., le dirán la verdad a la cara... Le preguntarán: ¿para qué has vivido?..., ¿qué has hecho de bueno? Y no podrá contestar...

BEZSEMÉNOV.— Eres elocuente... sabes hablar..., pero

no te conozco a fondo..., y no creo lo que dices... Así, es mejor que te vayas de mi casa..., estoy harto de ti...

TÉTEREV.— Está bien... (*Se va.*)

BEZSEMÉNOV (*sacudiendo la cabeza*).— Pues bien..., esperaremos..., he estado esperando durante toda mi vida..., esperaré más... (*Se va a su cuarto.*)

AQUILINA (*corriendo tras él*).— Ah, querido..., pobrecito..., por qué este castigo..., de nuestros hijos... (*Se va con su marido. Perchijin se queda en medio de la habitación parpadeando. Tatiana está sentada al piano, mirando inconscientemente a su alrededor. Se oyen las voces de los viejos.*)

PERCHIJIN.— Tatiana..., Tania... (*Tatiana vuelve la cabeza hada él.*) Tania... ¿Por qué todo esto?... Unos se han marchado..., otros están llorando... ¿Para qué? Qué gente más extraña..., más ridícula. (*Mira la puerta de los viejos y luego se dirige a la del recibidor.*) Voy a ver qué hace Terencio... (*Tatiana, lentamente, se inclina apoyándose sobre el clavicordio. Se oye el sonido de varias notas y luego silencio.*)

TELÓN

FIN DEL DRAMA